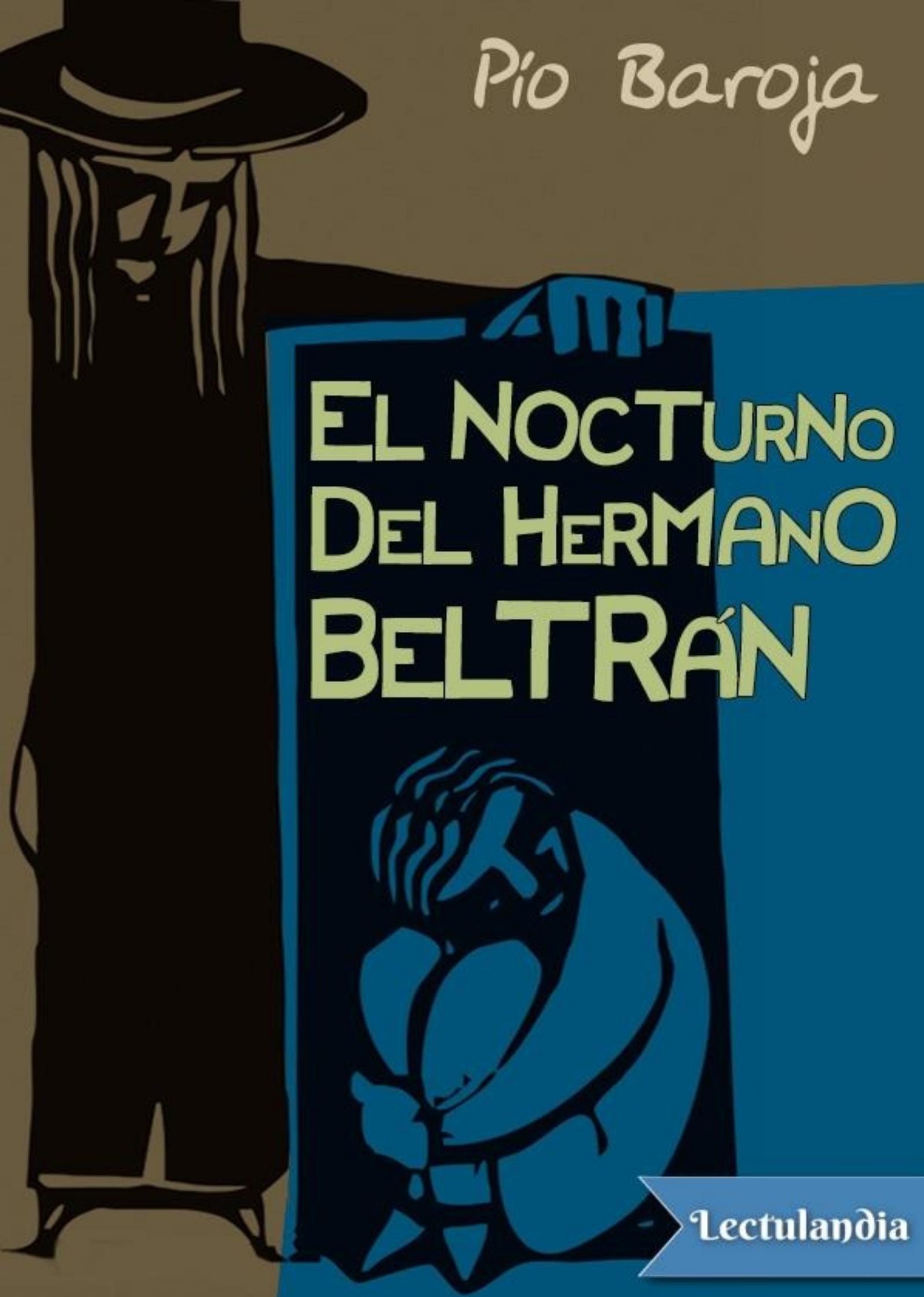


Pío Baroja



EL NOCTURNO
DEL HERMANO
BELTRÁN

Lectulandia

El «Nocturno» del hermano Beltrán es una curiosa y poco leída novela dialogada que Baroja publicó en 1929. El personaje central, Beltrán, es un antiguo marino de origen oscuro que se ha refugiado en un convento donde se ha hecho organista. Una duquesa acaba por descubrir que Beltrán es el hijo que abandonó cuando niño. Beltrán ha resumido toda su experiencia vital y su descontento en la composición de un «Nocturno» para piano.

El «Nocturno» del hermano Beltrán pertenece al género mixto de novela y teatro: Su estructura es dramática por el movimiento y por la rapidez del diálogo. En cambio, el carácter del protagonista se presta más al maduro análisis de la novela que a la técnica psicológica, algo superficial, de planos extremos, a que se ve forzada la acción dramática hasta en sus más profundas creaciones.

Lectulandia

Pío Baroja

El «Nocturno» del hermano Beltrán

ePub r1.0

Titivillus 23.07.15

Pío Baroja, 1929

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Por Cecilio Alonso

En la borrosa zona en que los géneros literarios se confunden, *El «Nocturno» del hermano Beltrán* (1929) es una especie de melodrama con rasgos románticos, entre edípico y bizantino, situado primero en un ámbito de nítidos perfiles andaluces, difuminado después entre París (donde se insinúa irónicamente una escenografía cubista) y el País Vascofrancés como último refugio. Baroja ilustra la fábula del «diablo metido a predicador» mostrando el estupor que produce la conciencia de la acción y la inutilidad de intentar refugiarse en la contradicción de un misticismo sin fe ni esperanza. *El «Nocturno» del hermano Beltrán* toma cuerpo en una confusa peripecia que lleva al protagonista a cambiar su vida de aventurero por la del convento, con nudo en un equívoco de escasa consistencia, resuelto en la aproximación a la madre, cuya protección no basta para devolver al héroe fuerza e ilusiones perdidas. Cerca de la narratividad por las secuencias iniciales de cada capítulo, que sobrepasan la mera acotación, por su carácter elíptico y por la dispersión espacial, este texto dialogado es un sugestivo esbozo donde, entre apuntes sainetescos, se deslizan algunas declaraciones estéticas, rescoldo de viejas discusiones con Ortega, resumidas en la idea de que la técnica artística mata la inspiración. Tampoco faltan huellas de la fina sensibilidad musical del autor, próxima siempre al concepto schopenhaueriano, antioperístico, de la música pura como alternativa al vacío del mundo («La música me basta, las decoraciones y el argumento me sobran»). Pero, sobre todo, en *El «Nocturno» del hermano Beltrán* se manifiesta, con acento sereno, su sentido pesimista de la vida —sueño, autoextrañación ante el espejo, fantasía que se desvanece...—, y se impone la noción recurrente de que el mal —identificado con la acción— conlleva violencia, energía, afirmación vital, mientras que la beatitud y el bien debilitan la individualidad hasta su destrucción, entre la melancolía y el desaliento. Peculiar negativismo barojiano, interpretado por la crítica desde perspectivas dispares: como escepticismo absoluto, o advirtiendo resquicios de confianza en los sentimientos ennoblecedores del individuo —principio activo de simpatía por los seres y las cosas— que implicarían cierto grado de incitación universal a la ruptura de la pasividad, con objeto de mejorar la condición humana.

Pío Baroja fechó *El «Nocturno» del hermano Beltrán* en Madrid y mayo de 1929. Esta novela corta dialogada la publicó ese mismo año Caro Raggio (Madrid, agosto de 1929), e incluía en el librito la *Plática a los chapelaundis de Irún*, *Otra plática a los donostiarras* y *Zalacaín el aventurero (en film)*, textos que se incluyen en esta edición. Libre de censuras, podas clericales y modificaciones, engrosó el tomo VI de

las *Obras completas* de Biblioteca Nueva (Madrid 1948) considerada como «Teatro». En 1957 comparecería en el misceláneo *Allegro final y otras cosas* (Madrid, Afrodasio Aguado, «Clásicos y Maestros», 1957) y en 1999 en el tomo XII, titulado *Narraciones, Teatro y Poesía* de las *Obras completas* que publicó en esa fecha el Círculo de Lectores.

EL «NOCTURNO» DEL HERMANO BELTRÁN

EL CONVENTO DEL SALVADOR

El convento del Salvador está asentado en la costa atlántica andaluza, al borde de la playa. Tiene el aire de ciudadela arruinada, con una cúpula de azulejos, sobre la cual se levanta un nido de cigüeñas. Cerca se ve un arrecife negruzco con un faro de hierro. Al lado, un huertecillo de palmeras. Más lejos, una costa baja y verde con pinos. Enfrente, en el horizonte, sobre todo en el crepúsculo, se divisa África; en primer término, un acantilado blanquecino y, más lejos, montes de color rosáceo.

El convento tiene varios cuerpos de edificio: tejados cubiertos de hierbajos, una torre y una gran huerta cercada por alta tapia.

Entre la playa y la huerta, sobre ancho murallón, hay una azotea, por donde pasean los frailes en invierno cuando no aprieta mucho el sol. Son las doce. El jardinero, el señor Pepe, canta mientras trabaja escarbando unas lechugas.

EL SEÑOR PEPE. Cuando yo eztaba en prizionez,
en lo que me entretenía:
en contar los ezlabonez
que mi cadena tenía.

El padre Ramón, burgalés, el prior que ha llegado al convento hace un par de meses. Se asoma a la cerca de la azotea que da a la huerta.

EL PADRE RAMÓN (*Con voz imperiosa*). ¡Jardinero!

EL SEÑOR PEPE. ¿Qué quié uzté, padre?

EL PADRE RAMÓN. ¿No podía usted cantar otra canción, jardinero? ¿Qué va a pensar cualquiera si le oye a usted decir que ha estado usted en prisiones?

EL SEÑOR PEPE. No lo penzará naide, padre.

EL PADRE RAMÓN. Bien. ¿Pero para qué canta usted esas estupideces?

EL SEÑOR PEPE. ¿Qué quiere uzté, padre? Ez máz fuerte que yo. Cuando me pongo a trabajá no puedo eztaz zin cantá algo.

EL PADRE RAMÓN. Es una mala costumbre, de la que debe usted corregirse.

EL SEÑOR PEPE. Haré lo pozible, padre.

EL PADRE RAMÓN. Cante usted, al menos, algo religioso: la Letanía o el *Tantum ergo*.

EL SEÑOR PEPE. Zí, zeñó; zí, zeñó. Azí lo haré. (*El señor Pepe va y viene por la huerta y se pone a cantar.*)

El demonio, como ez tan inquieto,
que de una pedrá derriba un farol...

EL PADRE RAMÓN. ¡Jardinero!

EL SEÑOR PEPE. ¿Qué quiere padre?

EL PADRE RAMÓN. ¿No tiene usted en su repertorio canciones más sensatas? ¿Usted cree que el demonio se dedica a romper faroles?

EL SEÑOR PEPE. Yo no zé a qué ze dedica, padre.

EL PADRE RAMÓN. Hay que tener más sentido.

EL SEÑOR PEPE. *(Sigue su canción por lo bajo.)*

Y vinieron los frailes franciscos
y lo conjuraron en un callejón.

(Después se olvida de la prohibición, y canta a voz en grito.)

Tengo do lunare,
tengo do lunare;
el uno junto a la frente,
el otro donde tú zabez.

EL PADRE RAMÓN. Pero, alma de Dios, ¿no acabo de decirle...?

EL SEÑOR PEPE. Zí, zeñó. Tiene uzté rasón, padre.

EL PADRE RAMÓN. ¿A qué viene eso de que tiene usted dos lunares?

EL SEÑOR PEPE. ¿A qué quiere uzté que venga? A ná.

EL PADRE RAMÓN. ¿Comprende usted que es una estupidez?

EL SEÑOR PEPE. Zí, zeñó; lo comprendo. E que ze me va el zanto al sielo.

EL PADRE RAMÓN. Pues que no se le vaya más.

El señor Pepe se sujeta los labios con los dedos de una manera afectada y cómica, y va de un lado a otro hasta que comienza de nuevo a cantar con aire sentimental.

EL SEÑOR PEPE. Ay, trizte marinería,
Ay, trizte marinería,
en la caza que tenía
mi ventana daba al mar
y lo que me entretenía
al ver los barcos pazar
de Gibraltar a Almería.
Ay, trizte marinería.

EL PADRE RAMÓN. ¡Qué triste marinería ni qué calabazas! Este hombre nos va a volver locos a todos con sus canciones estúpidas.

EL SEÑOR PEPE. Zan Pedro como era calvo
le picaban los moquitos,

y su madre le desía:
ponte el gorro, Periquito.

EL PADRE RAMÓN. Esto es ya demasiado. ¡Es inaguantable! ¡Jardinero!

EL SEÑOR PEPE. ¿Qué quíe usted, padre?

EL PADRE RAMÓN. Cante usted lo que quiera, hombre de Dios. Cante usted *la Marsellesa* y los himnos a Lucifer. Yo me marchó.

En la misma terraza del convento, por la tarde. A poca distancia de la playa se ven las barcas, que van poniendo redes. Entre las piedras de los arrecifes andan mariscando mujeres y chicos en busca de chirlas y erizos de mar. El padre Alberto, de sesenta años, y el hermano Beltrán, de veintitrés, limpian libros viejos y mapas que tienen colocados sobre una mesa. Al mismo tiempo, el padre Martín está secando manojos de hierbas en la azotea.

EL PADRE ALBERTO. Estas manchas viejas de tinta no hay manera de sacarlas.

EL HERMANO BELTRÁN. Sin embargo, debe haber algún procedimiento.

EL PADRE ALBERTO. No creo gran cosa. Hay un líquido que se vende. Se insiste con ese líquido y se rompe el papel.

EL HERMANO BELTRÁN. El librero de viejo que estuvo aquí de Madrid dijo que sabía la manera de quitar las manchas de tinta y de grasa.

EL PADRE ALBERTO. Pero, por si acaso, no la dijo.

EL HERMANO BELTRÁN. El padre Martín quizá sepa...

EL PADRE ALBERTO. ¡Ca! Ese no sabe más que de sus hierbas.

EL HERMANO BELTRÁN (*Al padre Martín.*) ¿Qué se podía emplear para limpiar las manchas de tinta de los libros?

EL PADRE MARTÍN. No sé; según la tinta y el papel. Todos los compuestos de cloro son decolorantes. ¿Qué quieren, limpiar estos libros?

EL HERMANO BELTRÁN. Sí.

EL PADRE MARTÍN. Amigo, ustedes están a sus anchas aquí. Libros a montones. En cambio, yo, pobre de mí, dedicado a las ciencias naturales, no tengo nada de qué echar mano.

EL PADRE ALBERTO. Tiene usted el campo. ¿Qué mejor libro para un botánico?

EL PADRE MARTÍN. Es verdad. Es verdad. Tiene usted razón.

EL HERMANO BELTRÁN. Tendremos que llevar los libros adentro.

EL PADRE ALBERTO. ¿Por qué?

EL HERMANO BELTRÁN. Porque viene por ahí, por el Sudoeste, un temporal bueno.

EL PADRE ALBERTO. ¿Crees tú?

EL HERMANO BELTRÁN. ¿Ve usted aquella nubecilla pequeña y blanca?

EL PADRE ALBERTO. Sí.

EL HERMANO BELTRÁN. Dentro de poco será un nubarrón negro, que ocultará el horizonte y nos traerá una hermosa tempestad. Mire usted el mar, verde, cómo se llena de espumas. Nota que se acerca la borrasca.

EL PADRE ALBERTO. Yo no entiendo nada del tiempo. Vamos a llevar la mesa y los libros.

Meten entre los dos la mesa, los libros y los mapas, y el padre Martín recoge sus hierbas. La tempestad se va acercando. El vendaval comienza a soplar con furia. Las gaviotas pasan volando y chillando en el cielo de color de tinta. El mar se llena de espuma.

EL HERMANO BELTRÁN. Es un espectáculo hermoso la lucha de los elementos. A mí me apasiona.

EL PADRE ALBERTO. Que no se moje el engrudo.

EL HERMANO BELTRÁN. Lo llevo. (*Coge el puchero.*) He pasado tres veces el Cabo de Hornos con unos temporales terribles... Allí los barcos más grandes parecen cáscaras de nuez; nieva casi siempre y se siente un frío atroz...; yo, sin embargo, estaba a gusto.

EL PADRE ALBERTO. Si hay tormenta habrá que encender las lámparas del altar.

EL HERMANO BELTRÁN. Quedaremos aquí un momento.

EL PADRE ALBERTO. ¿Para qué? El espectáculo de la turbulencia de los elementos no conviene al alma.

EL HERMANO BELTRÁN. Habrá que buscar, según usted, la quietud, la sequedad del alma, como se dice en ese libro que leíamos el otro día del padre Molinos.

EL PADRE ALBERTO. Eso lo dicen otros muchos místicos, no sólo los heréticos; entre ellos la excelsa Santa Teresa.

EL HERMANO BELTRÁN. ¿Tiene usted mucho entusiasmo por la Santa?

EL PADRE ALBERTO. Mucho. Es mi gran fervor. En España, ella y San Juan de la Cruz. También Fray Luis es algo alto...; pero vamos adentro, que esto se pone feo.

Salen los dos de la azotea y entran en la iglesia. El padre Alberto enciende las lámparas del altar. El hermano Beltrán sube al coro y comienza a tocar el órgano. Los frailes entonan las oraciones contra las tormentas. Suenan los cantos y el órgano. En las ventanas resplandecen los relámpagos; se oye el ruido de la lluvia y el retumbar de los truenos. La tormenta pasa, y sólo se escuchan, después, los rumores del órgano.

Semana Santa. Son las diez de la noche. Hay un piano mecánico, pero afortunadamente no suena. El barman está en el mostrador, vestido con una chaquetilla blanca. Lleva un bigote rizado estilo final del siglo XIX y anda detrás del mostrador, entre cafeteras y otros artefactos brillantes. Hay algunos parroquianos de pie y otros muchos sentados en las mesas. Entre ellos un señor con gafas y barba negra, que, en otro tiempo, se diría que era masón o republicano federal.

EL SEÑOR DE GAFAS. Oiga usted, compare. ¿Qué es lo que pasa en esta calle que no cesan de pasar coches?

EL BARMAN. Pues ná, que la duquesa de Montalbán da una fiesta a sus amigos en casa de su prima la condesa del Arahal.

EL SEÑOR DE GAFAS. Y esa duquesa de Montalbán, ¿quién es? No he oído hablar nunca de ella.

EL BARMAN. Pues es de aquí, de Sevilla.

EL SEÑOR DE GAFAS. ¡De Sevilla!

EL BARMAN. Sí; prima hermana de la condesa del Arahal, emparentada con los Benjumea y los Pérez del Pulgar.

EL SEÑOR DE GAFAS. ¿Y el título ese de Montalbán?

EL BARMAN. Creo que es siciliano o napolitano.

EL MOZO. Dos cañas, aceitunas y una botella de Jerez.

EL SEÑOR DE GAFAS. Parece que hay mucho movimiento.

EL MOZO. Va a ser una fiesta magnífica. Van a cantar el Chavito, el Palomo, el Brega, la Morritos, el Veneno, y dicen que el Ole-Ole y la Chata de Bujalance. De bailarinas, la Niña de las Sortijas, la Macarrona, la Coralito y la Caramba. De tocadores vienen el Canene, los Buhoneros y los Feos.

EL SEÑOR DE GAFAS. Y usted, ¿cómo sabe esos detalles?

EL MOZO. Porque he hablado con el mayordomo, que es paisano mío. Parece que han puesto un tablado en el patio. Va a ser una fiesta pero que superior.

En una mesa de al lado, un viejo y un joven, los dos afeitados y de sombrero ancho.

EL VIEJO. Porque el zeñó marqué ha compraó un potro que ez una maraviya. ¡Amigo, vaya un brazeo y vaya una eztampa la del animal! Ezo e canela fina.

EL JOVEN. Puez mire uzté que la jaca que ha compraó Jozelito Martínez, el primo de los Benjumea para ir a la feria... Ez una monada.

En otra mesa, Currito Saavedra y Paco Carmona, con gabán de verano y una bufanda que les tapa el cuello y la corbata; de etiqueta. Currito es delgado, moreno, con un bigote corto y negro, ojos brillantes, pies pequeños, manos pequeñas y ceceo exagerado. Paco Carmona es grueso, rubio, y habla en castellano como un madrileño.

CURRITO. ¿Azín que la duqueza eztá separá del marío?

PACO. Sí.

CURRITO. ¿El marío ez un diplomático?

PACO. Sí.

CURRITO. ¿Y dónde eztá?

PACO. No sé.

CURRITO. ¿Y el marqués de Benadalid ez el cortejo de la duqueza?

PACO. Eso se dice.

CURRITO. La niña debe zer una mosita.

PACO. Tendrá diez y siete o diez y ocho años.

CURRITO. ¿Es bonita?

PACO. Muy bonita.

CURRITO. ¿Y la madre?

PACO. La madre también es muy guapa.

CURRITO. ¿Y van a eztá mucho tiempo en Zeviya?

PACO. No sé.

Pagan y se van los dos jóvenes.

EL SEÑOR DE GAFAS. ¿Estos irán a la fiesta?

EL BARMAN. Probablemente.

EL SEÑOR DE GAFAS. ¿Cuándo empieza?

EL BARMAN. Empezará a las diez o las once.

Dos turistas, uno catalán, de Barcelona, y otro bilbaíno, van acompañados de un cicerone sevillano, que les va dando explicaciones.

EL CICERONE. Os traigo a uztedes por aquí para que oigan cante flamenco de verdá.

EL CATALÁN. ¿I esta case de quién es?

EL CICERONE. Puez ez de la condeza del Arahál y zu prima ez una duqueza, y para ozequiar a los amigos van a dar ezta fiesta. Disen que el marqués de Benadalid ez el cortejo de eza duqueza.

EL CATALÁN. ¿Es hombre rico ese marqués de Benadalit?

EL CICERONE. Mu rico, mu rico... y mu mujeriego. ¡Josú! Le compró una caza a una muchacha que había sido donsella de su mujé y había estado liada con él, una tal Rosío, que vive ahora como una zeñora, mu en grande, en una casa de la calle del Zol.

EL CATALÁN. ¡Qué barbaridad! ¡Qué falta de sentido práctico!

EL CICERONE. ¿Por qué?

EL CATALÁN. Porque cuando uno se enreda con una criada, ¿sabe?, y riñe con ella, pues se le dan dos o tres mil pesetas para que ponga una cacharreríe..., porque mire..., yo creo que basta..., si es una mujer trabajadore y entiende bien su negocio, pues saldrá adelante.

EL BILBAÍNO. Muy chirene es todo esto. Yo encuentro que estos andaluses muy coitaos son.

EL CATALÁN. Aquí hay poca actividad.

EL BILBAÍNO. ¿Sabe usted lo que me pasó a mí el otro día?

EL CATALÁN. No. ¿Qué le pasó?

EL BILBAÍNO. Levantarme hise y, como en Bilbao, salir con el gabán y el paraguas, y así. Un sol fuerte hasía, y a un pobre que me estaba pidiendo limosna, dándome lata, le dije: «Tome usted gabán y paraguas y llévelo usted a mi hotel..., ya le daré una peseta...». Pues ni caso me hiso...; luego desía que estaba muy lejos el hotel y que no quería cansarse.

EL CICERONE. Hiso bien. Que trabajen laz máquinaz y loz gallegoz.

EL BILBAÍNO. No, no; eso no es orden. Aquí todo es confusión y así.

EL CATALÁN. En Barselona es otra cosa.

EL BILBAÍNO. En Bilbao tamién.

EL CATALÁN. Porque mire...: para sitios de baile y de recreo, Barselona.

EL BILBAÍNO. En Bilbao tamién ya tenemos. En la calle de Cortes, un buen café

cantante hay. Ya lo creo.

EL CICERONE. Bien; pero Zeviya ez otra coza. Aquí zabe bailar hasta el zeñor arzobispo. Ademáz, de que aquí ze baila a lo clázico. Porque ezas que bailan fuera de Zeviya, ezo no vale ná. Ez el dezecho de la tienta. Hay que desengañare: para oír cante jondo, Zeviya. Y pa prosesiones..., ezo ni que hablar. No hay pueblo mejó en er mundo. Porque hay que ver cuando paza el Cristo del Cachorro por el puente de Triana, o viene el zeñó del Gran Poder por la calle de Plasentine.

Se oyen voces y palmadas; después el ruido de las castañuelas y una voz.

UNA VOZ. Arenal de Zeviya,
Arenal de Zeviya,
Arenal de Zeviya,
mamita,
Torre del Oro.

EL CATALÁN. ¡Pero, hombre, si eso es muy cunusido! Yo lo he oído en Sabadell.

EL BILBAÍNO. En Bilbao tamién muchas veces lo hemos oído.

EL CICERONE. Ezo ez el prinsipio. Esperaos ustedes. Ahora va a cantar la Morritos.

UNA VOZ. Ay, ay, ay,
ay, ay, ay.

EL CICERONE. ¡Qué zentimiento! ¡Qué mujé!

EL CATALÁN. No tiene vos. Párese una rata.

EL BILBAÍNO. Sí; más párese eso que otra cosa. Como si le dolieran las muelas y así grita.

OTRA VOZ. Virgen de la Consolación,
como una morita negra
tengo yo mi corasón.

EL CATALÁN. ¡Si eso lo he oído yo en Reus!

EL BILBAÍNO. Sí; yo tamién lo he oído antes.

EL CICERONE. Ezperarze. Ahora va a cantá la Chata de Bujalanse.

UNA VOZ. Yevan laz zeviyana
en la mantiya
un letrero que dise:
«¡Viva Zeviya!».

EL CICERONE. ¡Mi arma! ¡Qué mujé pa el cante jondo!

EL CATALÁN. ¡Pero si esto es más viejo que Matusalén! ¡Yo lo he oído en San Feliú de Guixols muchas veces!

EL BILBAÍNO. Yo en Sestao lo he oído. Muy conosido es allí.

EL CICERONE. Bueno, cabayeroz; aquí hay un zitio donde dan unos chatos de mansaniya que quitan el zentío.

EL CATALÁN. Para mansanilla la que yo he tomado una vez en Vich.

EL BILBAÍNO. Pues yo la mejor que he tomao en Algorta ha sido.

Se van los tres.

Patio de una casa rica de Sevilla. La duquesa de Montalbán ha venido de Madrid con su hija Dolores a pasar la Semana Santa y la feria. La duquesa vive en casa de una prima suya, la condesa del Arahál. La condesa da una fiesta flamenca a algunos amigos. Entre los invitados hay varios extranjeros. La duquesa está separada de su marido, y va siempre muy acompañada del marqués de Benadalid.

En el centro del patio de la casa se ha puesto un tablado y han cantado los mejores cantadores y se han bailado las sevillanas, los caracoles, el baile inglés, la chacona y el vito.

En un corro charlan Currito Saavedra, Paco Carmona y don Lope, un erudito de la Academia de Sevilla, que lleva una cruz de paño roja bordada en el frac. Don Lope tiene la cabeza cana y la cara encendida. Es pariente de Paco.

PACO. Pues yo encuentro que este cante flamenco moderno deriva a la cursilería de una manera evidente.

CURRITO. Ezo, no. No eztoy conforme.

PACO. A mí así me lo parece.

CURRITO. ¿Uzté qué opinión tiene, don Lope?

DON LOPE. Hombre. Ez un azunto que yo no domino técnicamente, la verdad, y en un azunto que no domino, no me guzta dar opinión, porque yo entiendo que no ze puede dictaminar en azuntos mal orientados y peor conocidos.

PACO. Es una preocupación sensata, tú no te equivocarás.

CURRITO. Párese que todo el mundo no hase más que hablá del fraile.

PACO. ¿De qué fraile?

CURRITO. De un frailesito que ha predicado en la Caridad y ha tocado el órgano en la catedral.

PACO. ¿Y ha gustado?

CURRITO. Mucho. La mujere hablaban de él con entusiasmo y los hombres con sierto despecho.

PACO. ¿Y ha predicado bien?

CURRITO. Mu bien.

DON LOPE. ¡Dejar predicar a un hermano, a un lego!

CURRITO. No ez un lego. Ze va a ordenar. Dicen que la condeza le va a llamar aquí al fraile para que toque el piano.

En otro grupo.

LA DUQUESA (*A su prima.*) Pues le oiremos al frailecito. ¿Y es tan extraordinario?

LA CONDESA. Yo creo que sí.

LA DUQUESA. ¿De verdad?

LA CONDESA. De verdad. Habla con una sencillez, con un fuego, que emociona. A mí me transporta. Y como músico es maravilloso.

LA DUQUESA. Lo tenemos que oír (*A Currito*). ¿Ha oído usted predicar a ese frailecito, señor Saavedra?

CURRITO. ¿Al hermano Beltrán? Zí, zeñora.

LA DUQUESA. ¿Y qué le ha parecido a usted?

CURRITO. Es mu profundo..., mu profundo.

PACO. He oído por ahí que el hermano Beltrán hace también milagros.

LA DUQUESA (*A Don Lope.*) ¿Usted ha oído al frailecito?

DON LOPE. No tiene cultura, no ha dicho nada extraordinario, lugarez comune ya conosidos por el vulgo ignaro.

LA CONDESA. ¿Qué quiere usted que diga extraordinario? Conque diga algo sencillo y oportuno ya es bastante. Y habla muy bien, porque siente lo que habla. A mí esos predicadores que explican teología no me interesan. Yo soy una mujer y no entiendo esas cosas. Yo quiero que hablen de la vida.

LA DUQUESA. A mí me pasa igual.

LA CONDESA. A las mujeres no nos puede gustar otra cosa.

PACO. Son ustedes muy modestas.

CURRITO. Disen que eze fraile ha tenido una vida terrible, que ha sido marino, aventurero, buscador de oro, que ha hecho cozas muy atrevidas hasta que ha ido a pará al convento.

DON LOPE. Zí; zon hombrez inquietoz, máz bien perjudisiales que beneficiosos para la religión. Exaltan a la gente, la trastorman, con su frazeología, truculenta y demótica. Ez mejor el tipo corriente y vulgar.

LA CONDESA. Todo el mundo no puede ser corriente y vulgar.

LA DUQUESA (*Con ironía.*) Sería pedir demasiado.

LA CONDESA. Así que ya saben. Están invitados el jueves para oír tocar al hermano Beltrán. ¿Vendrán ustedes?

PACO. Yo, con mucho interés, condesa.

CURRITO. Yo, también.

LA CONDESA. ¿Y usted, Don Lope?

DON LOPE. Zí, zeñora.

LA CONDESA (*Al marqués de Benadaliid.*) Y usted, marqués, ¿va a venir a oír al frailecito?

EL MARQUÉS. Yo tengo que hacer, condesa. Además, ¡qué quiere usted! No me gustan los farsantes.

LA DUQUESA. ¿Y por qué sabe usted que es un farsante? Eso es asegurar demasiado.
EL MARQUÉS. No lo sé, pero lo presumo.

Salón de la condesa del Arahál. Están la duquesa, Dolores, su hija; la condesa con sus dos niñas, Don Lope el erudito, un canónigo, Currito Saavedra y Paco Carmona. Llega el hermano Beltrán. El hermano Beltrán es alto, esbelto, de color atezado y de ojos claros. Tiene una actitud humilde, indiferente y atenta. Se advierte en él el deseo de mostrarse impasible.

LA DUQUESA. Todo el mundo habla de usted en Sevilla, hermano.

BELTRÁN. No es mi culpa, señora. Bien sabe Dios que no tengo ningún deseo de llamar la atención. Yo no quería salir de mi convento; pero el superior me ha ordenado que salga.

LA DUQUESA. Dicen que ha tenido usted una vida azarosa.

BELTRÁN. Es cierto; mi vida no ha sido ejemplar.

LA DUQUESA. No se lo reprochamos a usted, hermano.

BELTRÁN. Ya lo sé. Me reprocho yo mismo.

LA DUQUESA. ¿No le seduce a usted la popularidad que ha adquirido usted en poco tiempo en Sevilla?

BELTRÁN. Hago todo lo posible por huir de ella y para que no me seduzca.

LA DUQUESA. La gente tiene mucho entusiasmo por usted.

CURRITO. Mucho.

LA DUQUESA. Hasta se dice que hace usted milagros.

BELTRÁN. ¡Qué absurdo!

LA DUQUESA. Está usted muy pálido. No debe usted hacer penitencia.

BELTRÁN. No la hacemos.

LA DUQUESA. Tiene usted el aire débil.

BELTRÁN. Pues así es como estoy bien. Soy como una planta que no le conviene una tierra fértil ni mucho aire.

LA DUQUESA. ¿Por qué?

BELTRÁN. Porque se hace una planta viciosa. Hay naturalezas así como la mía.

LA DUQUESA. ¿Y por qué dicen eso de los milagros?

BELTRÁN. Nada. Tonterías. Hay un fraile en nuestro convento, el padre Fortunato, que está perturbado y dice que ha visto varias veces al diablo y hasta una de ellas le ha confesado. El padre Fortunato encuentra duendes en todas partes, y cree que las enfermedades las producen los duendes; un dolor de garganta es un duende que le aprieta con la mano la laringe; un cólico se lo produce un duende que se le mete en el vientre.

CURRITO. ¡Qué gracioso!

BELTRÁN. Este padre Fortunato, que a veces está muy excitado, cuando me oye tocar en el órgano se echa a llorar y luego queda ya tranquilo.

LA DUQUESA. ¡Qué poder!

BELTRÁN. Fantasías de un pobre desequilibrado.

LA DUQUESA. O poder.

BELTRÁN. Con este motivo, el padre Alberto, mi maestro, y yo hemos leído en la biblioteca del convento muchos libros raros sobre duendes: el *Ente Dilucidado*, del padre Fuentelapeña; la *Reprobación de las hechicerías*, del padre Ciruelo; las *Disquisitionum Magicarum*, de Martín del Río; el *Satanae Stratagemata*, de Jacobo Acontio; el *De Obsessis a spiritibus doemoniorum hominibus*, de Pedro Tyraeo, y otros.

LA DUQUESA. ¡Ah! ¿Sabe usted latín?

BELTRÁN. Un poco; lo estoy estudiando.

PACO (A Don Lope). ¿Tú conoces esos libros de que habla el hermano?

DON LOPE. No; yo me he especializado en otras cosas: en el estudio de las zaetas de Zemana Zanta y en los libros de arte culinario andaluz. Yo entiendo que todo lo que no sea especialización...

PACO. En eso serás el único.

DON LOPE. No creas, no creas. Hay mucha rivalidad y emulación en esta materia. Yo me dedico sólo a la cocina sevillana, a lo castizo. No quiero innovación extranjera. Hace meses, vino un tratadista francés, le acompañé y le dejé en los límites de la provincia.

PACO. Lo de fuera de la provincia te interesa poco.

DON LOPE. Muy poco.

PACO. ¿Y tenéis autores serios que consultar?

DON LOPE. ¡Hombre!, sí. El doctor Thebussen. ¿No has oído hablar de él?

PACO. ¿Algún inglés?

DON LOPE. No, hombre. Era andaluz. De Medina Zidonia. Una verdadera gloria del país. Sus obras son algo clásico, de una erudición portentosa. Su libro sobre las zopas de ajo es extraordinario.

LA CONDESA (A Beltrán). Tome usted un poco de Jerez. No va usted a tener fuerzas para tocar el piano.

BELTRÁN. Sí, las tendré. Son ustedes muy amables conmigo.

LA DUQUESA. ¿Qué es su composición musical?

BELTRÁN. Es un recuerdo de mi vida de aventurero. Cuando aprendí a tocar el órgano, no lo toco bien aún, es lo primero que se me ocurrió. No conozco la música clásica. El padre Alberto, mi maestro, dice que lo principal en mi composición es un nocturno. En cambio, el superior, el padre Ramón, asegura que mi música es

demasiado profana.

LA DUQUESA. Y usted, ¿qué opinión tiene sobre ella?

BELTRÁN. Yo me temo que en mi música, como en todo, voy a ser un fracasado.

LA DUQUESA. Es un temor muy mundano.

BELTRÁN. Tiene usted razón; pero lo confieso porque es así.

LA DUQUESA. Mundano y todo, es muy natural.

El hermano Beltrán se sienta en el piano.

BELTRÁN. Yo les advierto que no soy un buen pianista ni mucho menos. Tengo grandes defectos de ejecución, porque he empezado tarde. Mis manos estaban más acostumbradas al remo y al timón que a las teclas del piano o del órgano.

El hermano Beltrán comienza a tocar. Al principio, hay como una lucha, lamentos de heridos, quejas; luego, un canto de triunfo un poco satánico, de una alegría forzada, carcajadas, una serenata a lo lejos alegre, rumores de violines y sonar de panderetas; después, algo como una explicación o arrepentimiento, atormentado, desgarrado, con lamentos oscuros. El piano parece sollozar. Luego viene una calma, un ruido de campanas y un nocturno tranquilo, idílico, misterioso, como de la serenidad ya conseguida. Al terminar, el hermano Beltrán se levanta pálido.

CURRITO. ¡Admirable! ¡Admirable!

PACO. Sí, es magnífico. ¡Qué brío!

LA CONDESA. ¿Cómo le vamos a pagar a usted, hermano?

BELTRÁN. Nuestro convento es pobre. Si quiere usted mande usted una limosna al prior.

LA DUQUESA. Hay en su música mucha alma.

DOLORES. Es verdad.

LA DUQUESA. Para llegar a ser lo que es usted ahora, mucho ha debido dominarse.

BELTRÁN. ¿Por qué cree usted eso?

LA DUQUESA. Hay pasión en su música. Ha debido usted ser un hombre violento.

BELTRÁN. Es cierto, en parte...; pero creo que ya no lo soy.

LA DUQUESA. A la edad que tiene usted todavía no se puede estar muy seguro de ello.

BELTRÁN. Tiene usted razón, señora; pero mañana o pasado volveré al convento, a la vida dulce y monótona, donde ya no tendré ocasión de cultivar mi violencia..., si es que la tengo.

LA DUQUESA. ¿Así lo cree usted?

BELTRÁN. Así lo espero. Mis deseos no son grandes. Confío en la misericordia divina.

La duquesa estudia con atención los rasgos de la fisonomía del hermano Beltrán,

quien mira al suelo.

LA DUQUESA (*En tono duro*). Ese canto de amor y el nocturno me han sobrecogido.

¿Por qué los ha escrito usted?

BELTRÁN (*Humildemente*). No sé.

LA DUQUESA. ¿Pero ha sentido usted mucho al escribirlos? ¿Se ha estremecido usted de pasión?

BELTRÁN. Al escribirlos tenía una idea confusa que luego se fué aclarando.

LA DUQUESA. ¿Ha vivido usted algo parecido a lo que expresa su música?

BELTRÁN. Sí; por lo menos he presenciado y he tomado parte también en las luchas rudas y terribles; he asistido a triunfos de odio y de amor y he pasado solo la noche en la selva, con la luna en el cielo, las fieras que rugían a lo lejos y toda la naturaleza viva, palpitante.

LA CONDESA. Pero, ¿qué le pasa a usted? ¿Se va usted a desmayar? Está usted pálido.

BELTRÁN. No, no; ya pasará. Ya pasa. Me dieron un machetazo en la cabeza y la herida me interesó algo el cerebro y a veces siento un principio de desmayo, pero no es nada. Perdóneme usted, señora, pero me tengo que marchar.

LA CONDESA. ¡Tan pronto!

BELTRÁN. Sí. Adiós, señores.

CURRITO. ¡Qué hombre! Me ha dejado pasmado. Es un hacha.

PACO. Es verdad. Es un tipo extraordinario. ¡Qué alma!

DOLORES. ¡Qué alma!

LA DUQUESA. Es un hombre extraño, misterioso, patético. (*Por lo bajo.*) Tengo que hablar con él.

Es de noche. Hay un olor penetrante, mixto del perfume de las flores de azahar y de claveles. El aire está tibio y el firmamento lleno de estrellas. Se oye el rumor de una fuente. La duquesa ha escrito a Beltrán para que vaya a verla.

LA DUQUESA. No comprendo por qué me interesa tanto este hombre. Siento por él una gran atracción y una gran curiosidad. ¿Será porque se parece a aquél? No sé, pero sé que no es el amor. Me avergonzaría que me dijese nada. ¡Ah!, ya está.

Se acerca a la verja en donde aparece una silueta oscura de un hombre embozado en una capa. Es el hermano Beltrán.

LA DUQUESA. ¿Es usted?

BELTRÁN. Sí; soy yo.

LA DUQUESA. Pase usted. Siéntese usted.

El hermano Beltrán se sienta en un banco.

LA DUQUESA. Temo que esta cita que le he dado le haga pensar mal de mí.

BELTRÁN (*Con aspereza.*) ¿Tengo yo, acaso, la actitud de un conquistador, de un fatuo?

LA DUQUESA. No. Es verdad. Perdóneme usted. ¿Qué ha pensado usted de mi cita?

BELTRÁN. Nada. Usted tiene interés por mí, yo tengo interés por usted, ¿por qué? No lo sé. Algo de común hay entre los dos. Quizá hablando lo pongamos en claro.

LA DUQUESA. Cuénteme usted su vida. ¿Dónde ha nacido usted? ¿Qué eran sus padres?

BELTRÁN. No lo sé. Fui un niño abandonado, probablemente hijo del amor no sancionado por la ley.

LA DUQUESA. ¿Lo supone usted así?

BELTRÁN. Así lo supongo.

LA DUQUESA. ¿Y le da a usted rabia, rencor, pensar que su madre le abandonó?

BELTRÁN. No. ¡Pobre mujer! Seguramente no podría tenerme con ella. Creo que si la conociera y la viera la tendría cariño.

LA DUQUESA. ¿Y conserva usted recuerdos de su infancia?

BELTRÁN. Pocos. Debí nacer en Madrid y estuve con un hombre alto y grueso y su mujer; pero este hombre debió morir y me llevaron unos gitanos a Cádiz. Aquí, en un barco, entré de grumete, y a los catorce años era marinero. Tenía un buen

capitán, un escocés que quería protegerme y hacer de mí un marino; pero este hombre cayó enfermo y desde entonces yo, sin tutela, comencé mi vida de aventurero. He sido de todo: piloto, minero en Alaska, capataz en el Transwaal, he abierto pozos de petróleo, he vendido naranjas y cacahuets por las calles, he sido comprador de caucho en el Brasil, ballenero, y he vendido caballos entre los indios Siux. También he comido carne humana.

LA DUQUESA. ¡Qué horror! ¿Y por qué?

BELTRÁN. Por broma. Entre los indios salvajes.

LA DUQUESA. ¿Y de su época de aventurero no le queda ningún recuerdo grato?

BELTRÁN. Pocos.

LA DUQUESA. ¿Y amigos?

BELTRÁN. Tampoco. En los barcos y en los ranchos de aventureros no hay amigos.

Parece que la obligación de vivir los hombres juntos y de tener las mismas esperanzas y los mismos anhelos, les hace mirarse con antipatía y con odio. Hay que estar siempre con la browning en la mano. Cuando fui ballenero el único amigo que tuve fué *Tric-trac*.

LA DUQUESA. ¿Algún marinero?

BELTRÁN. No; era un pingüino que cacé o pesqué con una cesta vieja. *Tric-trac* me quería y ponía su cabeza entre mis piernas para manifestarme su cariño.

LA DUQUESA. ¿Y ha vivido usted siempre así abandonado?

BELTRÁN. Siempre.

LA DUQUESA. ¡Pobre!

BELTRÁN. No sé hasta qué punto merecía compasión. Tenía una fe en mí extraordinaria, pensaba seguir adelante, aunque fuera por encima de los cuerpos de todos los hombres del mundo.

LA DUQUESA. Cuénteme usted cosas de su vida; sin orden; lo que recuerde en el momento.

BELTRÁN. No sé por dónde empezar.

LA DUQUESA. Por cualquier parte; hable usted.

BELTRÁN. ¡Qué hermosa noche! Desde que estoy en el convento no miro al cielo a estas horas.

LA DUQUESA. ¿Le parecerá a usted que está todavía en el barco?

BELTRÁN. No. En el barco no se siente uno contemplativo. Se está en el puente fumando y deseando que lo releven a uno para irse a dormir. Contemplar la noche es, aunque parezca raro, una sensación para mí nueva. Luego este aroma. Estas luces y sombras de la luna. Me parece algo mágico, lleno de misterio.

LA DUQUESA. Es usted un poco poeta.

BELTRÁN. Poco. Nunca he tenido el dominio de las palabras.

LA DUQUESA. Hable usted; diga usted algo de su vida; lo que ha visto de más curioso

en sus viajes.

BELTRÁN. Cuando fui ballenero estuve en la isla Warekauri, o isla de Chatham, que forma parte del archipiélago próximo a Nueva Zelanda. Allí conocí a un indígena que era nieto de un jefe llamado Eituna. Este hombre había vivido para la venganza. El jefe Eituna, el abuelo suyo, había sabido que un marinero de un barco ballenero francés, llamado el *Jean Bart*, después de querer violar a una muchacha de seis años, le había abierto en canal con un sable. Al saberlo, todos los guerreros del país se reunieron, asaltaron el barco, pasaron los marineros a cuchillo y pegaron fuego al buque. Poco después fué un comandante francés en otro buque y prendió a Eituna y mataron a su mujer. Eituna se suicidó en el barco con una correa, delante de Talcahuano, en Chile. El hijo, decidido a vengarse cuando encontraba a un europeo, lo llevaba a una cueva, le mataba, le cortaba la cabeza y la guardaba. El nieto de Eituna, mi amigo, había heredado la cueva y el odio, y, sin embargo, este hombre me quería vender su hija, y como yo no aceptaba, iba rebajando el precio.

LA DUQUESA. Sí; por eso, hablar de moral es tan relativo, tan inseguro. Lo que es bueno en este rincón es malo en el otro. ¡Quién sabe cuál es la verdad!

BELTRÁN. Lo que dice usted. He conocido a un chino, mayordomo de un barco, que quiso matar al piloto porque éste, de broma, hizo que le cortaran el pelo cuando estaba durmiendo. El chino se consideraba deshonorado. Este mismo chino vendió su hija a un capitán mulato en quince duros.

LA DUQUESA. ¿Le chocaban a usted ya estas faltas de sentido? ¿Se fijaba usted en ellas?

BELTRÁN. Sí; además, cuando era piloto, comencé a aprender el alemán, y un noruego que era sobrecargo me prestó un libro de Schopenhauer, con aforismos sobre la vida. El libro me parecía cándido, porque yo tenía mucha peor opinión sobre los hombres que el pensador alemán.

LA DUQUESA. Y cuando dejó usted de ser marino, ¿fue usted a las minas?

BELTRÁN. Sí. Entré de segundo piloto, en San Francisco, en un barco que iba a Alaska, fletado por una sociedad para la fabricación de conservas. Llevábamos doscientos obreros contratados por un capataz indio, de la isla de Haway. Era éste un hombre terrible; en todos los viajes mataba a dos o tres a palos. Con este terrorismo los dominaba, hasta que en una revuelta lo mataron a él.

LA DUQUESA. ¿Y usted se quedó en Alaska?

BELTRÁN. Estuve un invierno.

LA DUQUESA. Haría un frío terrible.

BELTRÁN. Enorme.

LA DUQUESA. ¿Y qué hacían ustedes?

BELTRÁN. Pescar, cazar osos y robar las mujeres a los esquimales. A veces teníamos terremotos que hacían que el mar avanzara leguas en la tierra.

LA DUQUESA. ¿Y se cansó usted de aquello?

BELTRÁN. Sí, me cansé y fui a la zona minera con otro compañero. El primer día, en la posada, se armó una partida de juego entre los gambusinos, en la casa donde estábamos. De noche, al meterme en el cuarto, cerré la puerta y la sujeté con unos hierros que, para este objeto, me había dado un minero. A la una de la noche comenzaron los tiros, los gritos, los ayes y los lamentos. Quisieron entrar en mi cuarto, pero no pudieron. A las ocho de la mañana, al salir de la posada, había seis hombres muertos delante de la casa, cosidos a tiros y a puñaladas. Los habían matado para robarles.

LA DUQUESA. ¡Qué espanto debe producir vivir entre gente así!

BELTRÁN. Se acostumbra uno a todo.

LA DUQUESA. ¿Siguió usted mucho tiempo en Alaska?

BELTRÁN. No; la zona minera de Alaska estaba agotándose. Marchamos a una comarca de la región del Ontario, en el Canadá, en el Lago Rojo, en donde comenzaba la explotación del oro.

LA DUQUESA. ¿Era curioso?

BELTRÁN. Mucho. Había un campamento con toda clase de personas de todos los países y de todos los oficios: médicos, ingenieros, arquitectos, curas.

LA DUQUESA. ¿Y se entendían bien?

BELTRÁN. No; había muchos robos y muchos crímenes.

LA DUQUESA. ¿Y aparecía el oro?

BELTRÁN. Sí; pero no bastante. Al principio se desdeñaba el papel y la moneda, y las gentes llevaban una bolsita con polvos de oro, y con esto compraban todo.

LA DUQUESA. ¿Se jugaría mucho?

BELTRÁN. Había una calle entera de casas de juego.

LA DUQUESA. ¿Y no tuvo usted suerte en las minas?

BELTRÁN. Tuve y no tuve; gané mucho, perdí mucho, y como habíamos tenido una reyerta, en donde hubo muertos, y nos perseguía la justicia, escapamos a Winnipeg. De allí fui a San Francisco, y me embarqué para Panamá. Luego estuvimos en el Ecuador, en el rancho de un coronel, que creía, sin duda, que los negros no eran personas. Hubo una insurrección. El coronel vió dos negros que se le acercaban y le decían: «¡Por Dios, hermanito! Somos inocentes». «¡Hermanito!», exclamó él, y de dos machetazos cortó la cabeza a los dos pobres negros, dejándolos muertos a sus pies.

LA DUQUESA. ¡Qué bárbaro!

BELTRÁN. Estuve también en una República de Sudamérica, de agitador y de periodista. Hice, con un ruso, un periódico revolucionario, y el dictador nos llamó a su presencia. Yo estaba enfermo, temblando con la fiebre. El dictador, en su despacho, tenía un sable en una mano y la pistola en otra. «Tiene usted que comerse su artículo», le dijo al ruso, mostrándole el periódico. El ruso se lo

comió. Luego vino a mí y me dijo lo mismo. Yo le contesté temblando: «Es usted un miserable, y le desprecio». Él me apuntó con la pistola y el tiro no salió.

LA DUQUESA. ¡Qué horrores! ¿Y no sueña usted?

BELTRÁN. Con eso, nunca.

LA DUQUESA. ¿Pero lo recordará usted constantemente?

BELTRÁN. No lo crea usted; tampoco. Y eso que tengo un motivo que podía recordármelo a todas horas.

LA DUQUESA. ¿Cuál?

BELTRÁN. La celda que yo tengo en el convento fué de otro aventurero, de un pirata de los que llaman raqueros porque desvalijan los barcos abandonados, que se hizo fraile.

LA DUQUESA. ¡Qué raro! Parece una fantasía.

BELTRÁN. Pues es una realidad. Hace unos ochenta años vivían en Manila tres hermanos andaluces, de apellido vascongado. Estos tres hermanos eran unos aventureros. Un día fletan entre los tres un pailebot, forman una tripulación de bandidos y se hacen a la vela a buscar, según dicen, un barco perdido en un banco de coral del mar Pacífico. El hermano mayor era el capitán; el segundo, el piloto, y el tercero, el contramaestre. Toca el pailebot en una isla de las Marianas, y, retrocediendo en su rumbo, se instalan en una bahía del norte de la isla Formosa. Por allí, por el estrecho de Fu-Kien, pasaban juncos chinos, desde Hong-Kong, Cantón y Amoy hacia el norte de China y al Japón, llevando grandes cantidades de oro y plata. Los tres hermanos y la tripulación se pintan de negro para parecer malayos; entran al abordaje en un junco chino, matan a todos los chinos, los echan al agua y encuentran trescientos mil pesos mejicanos. Después barrenan el barco y, antes de hundirlo, le pegan fuego. Hecho esto, reparten el dinero entre todos, quedándose los tres hermanos con la parte del león; dejan el equipaje en las costas y vuelven a Manila, dos meses después, asegurando que, aunque han encontrado el barco naufrago, no han hallado en él más que cronómetros e instrumentos náuticos recubiertos de orín. Poco después, el hermano segundo y el pequeño murieron por la disentería y el mayor volvió a España, entró en el convento y dejó todo su dinero a los pobres. En su celda, que es ahora la mía, quedó colgado de la pared un yatagán roñoso, que fué el que llevaba cuando atacó a los chinos en el estrecho de Fu-Kien.

LA DUQUESA. Es terrible lo que usted cuenta. ¿Y cómo lo ha sabido usted?

BELTRÁN. En Filipinas me contó esta historia un viejo marinero de Rota, que se la había oído a un piloto vasco. No podía suponer que, al cabo de algún tiempo, yo iría al mismo convento a ocupar la celda de aquel pirata raquero.

LA DUQUESA. ¿Y en el convento sabían la historia de ese pirata?

BELTRÁN. Quedaba una tradición vaga. La celda estaba cerrada desde hacía mucho tiempo, y en la puerta alguien había escrito, con pintura negra, estos versos

misteriosos:

De un dolor, que Dios os guarde,
fué cerrada aquesta puerta
cuando esperanza fué muerta.

LA DUQUESA. La historia que me ha contado usted me espanta. ¿Usted no habrá hecho lo mismo que ese pirata, luego convertido?

BELTRÁN. Tanto, no. Si he matado ha sido por defender mi vida, no por robar.

LA DUQUESA. Menos mal.

BELTRÁN. El Destino tiene cosas extrañas. Cuando yo era malo, desalmado y cruel, no veía más que gentes como yo, desalmadas y crueles. Ahora que ya me he enmendado un poco, encuentro personas bondadosas y de buen corazón. Con ellas es fácil ser bueno.

LA DUQUESA. ¿Y si encontrara usted gente como la que conocía de antiguo, desalmada y cruel, podría usted ser bueno?

BELTRÁN. No lo sé. Preferiría no hacer la experiencia.

LA DUQUESA. ¿Pero se ha arrepentido usted de sus errores?

BELTRÁN. No sé si son errores o crímenes; pero me he arrepentido. El padre Alberto me ha dicho que en la alternativa de morir o matar, hay que defender la vida. Yo no sé si esto es verdad. Creo que no lo puede saber nadie.

LA DUQUESA. ¿Y estas aventuras hace mucho que le han ocurrido?

BELTRÁN. No hace mucho, no. Yo tengo ventitrés años.

LA DUQUESA. ¿Cómo? ¿No tiene usted más que ventitrés años?

BELTRÁN. Nada más.

LA DUQUESA. (*Turbada*). ¡Ventitrés años!

BELTRÁN. Y llevo tres en el convento.

LA DUQUESA. (*Serenándose*). Me tiene usted que dar los datos necesarios para ver de averiguar su origen.

BELTRÁN. No tengo ningún dato Únicamente guardo un medallón que no tiene nada dentro.

LA DUQUESA. ¿Lo lleva usted ahí?

BELTRÁN. Está en mi celda.

LA DUQUESA. ¿Y puede usted vivir tranquilo en su convento después de una existencia tan agitada?

BELTRÁN. Sí.

LA DUQUESA. ¿Y qué hacen ustedes? ¿Cómo pasan el día?

BELTRÁN. Tenemos en el convento una buena biblioteca, quince o veinte mil volúmenes. El padre Alberto y yo los limpiamos, los leemos, los discutimos. Así pasamos la vida, entregados a la lectura, a las oraciones y a la música.

LA DUQUESA. ¿Hay libros curiosos en la biblioteca?

BELTRÁN. Sí; hay libros raros, que ahora valen mucho; códices, incunables, ediciones *princeps* o primeras ediciones, y, de cuando en cuando, vienen anticuarios que quieren llevárselos por poco dinero. El superior está inclinado a venderlos; pero el padre Alberto, y yo le decimos que han de subir de precio y que vale más guardarlos.

LA DUQUESA. ¿Y los leen ustedes?

BELTRÁN. Sí. Hay cosas muy extrañas. Se encuentra uno sorprendido al ver lo que sabían los antiguos. Claro que de algunas cosas no sabían nada. De todos modos, uno ha pasado bruscamente de pensar que sólo se sabe hoy a suponer lo contrario, que todo se sabía antiguamente.

LA DUQUESA. ¿Y la verdad estará en un término medio?

BELTRÁN. Probablemente.

LA DUQUESA. ¿Y han leído su maestro y usted los libros al mismo tiempo?

BELTRÁN. Hemos leído y hemos discutido los libros de Philon, de Plotino, de Clemente de Alejandría y de Ammonios Saccas; hemos leído también los libros herméticos atribuidos a Jamblico: el *Poimandres*, el *Asclepios* o *Discurso de Iniciación*, *La Virgen del Mundo*, los fragmentos de los libros de Hermes y las *Definiciones*. Hemos fantaseado sobre el verbo y sobre las ideas de los gnósticos y sobre las mentiras que cuenta Filóstrato en la *Vida de Apolonio de Tyana*.

Se oye, a lo lejos, las doce en el reloj de la catedral.

LA DUQUESA. ¿Va usted a pasar algunos días en Sevilla antes de volver al convento?

BELTRÁN. Sí; tengo que pasar todavía unos días, probablemente hasta el Domingo de Pascua.

LA DUQUESA. ¿Así que la Semana Santa estará usted aquí?

BELTRÁN. Sí; seguramente.

LA DUQUESA. Le avisaré a usted para verle. ¡Adiós, Beltrán!

BELTRÁN. ¡Adiós!

La duquesa y Beltrán se dan la mano; se abre la puerta de la reja y Beltrán desaparece en la calle oscura.

VIII

EN EL LOCUTORIO

La duquesa se ha detenido, en el auto, delante del antiguo convento del Salvador, de la costa atlántica andaluza. Hay cerca del edificio un humilladero. La entrada tiene en el dintel unas pesadas armas ducales labradas en la piedra. La duquesa se acerca a una puerta verde, desteñida; la Duquesa ha visto que está entornado el postigo, y ha pasado a un zaguán empedrado con piedrecitas de río, formando dibujos.

LA DUQUESA (*Sola.*) ¿Será posible? ¿Será mi hijo? Todo me hace pensar que sí. Su edad, su parecido con aquel hombre. Si el medallón que guarda es de mi casa, no cabe duda. Pero aquí parece que no hay nadie. (*La duquesa sube una escalera hasta el primer piso y sale a un claustro desierto. El claustro, con columnas, da a un patio con una fuente. La duquesa se asoma y ve al señor Pepe.*) ¡Eh! Usted.

EL SEÑOR PEPE (*Viene corriendo.*) ¿Pero quién ez uzté? ¿Qué hase uzté aquí, zeñora? Zi aquí no ze puede ezta. Y menos una mujé.

LA DUQUESA. ¿Por qué?

EL SEÑOR PEPE. Porque ezta ez la parte de clauzura. ¿No ve uzté que ezta en el coro vivo?

LA DUQUESA. Yo no sé qué es el coro vivo ni el coro muerto.

EL SEÑOR PEPE. Bueno. Pues ezta ez la parte reservá.

LA DUQUESA. Muy bien. Dígame cuál es la parte no reservada para quedarme en ella.

EL SEÑOR PEPE. Bueno. Venga uzté aquí al locutorio. ¿Y uzté qué quiere?

LA DUQUESA. Tengo que hablar con el padre Alberto.

EL SEÑOR PEPE. Bien. Bien. Aspérese. Ya le diré que venga.

La duquesa entra en una estancia blanqueada. Tiene unos armarios con cajones, sin duda para las ropas de los altares y las casullas. Encima de estos armarios hay unos cuadros muy negros y sombríos, varias cornucopias, un globo terráqueo y un cristo de marfil con la cara tétrica y lleno de sangre.

EL PADRE ALBERTO. ¡Señora!

LA DUQUESA. Vengo a visitar a usted de parte del hermano Beltrán.

EL PADRE ALBERTO. El hermano Beltrán es para mí una persona querida. Diga usted lo que le trae a nuestro convento.

LA DUQUESA. He hablado con Beltrán, y creo que tengo datos para descubrir su origen. Me parece que es hijo de una señora amiga mía.

EL PADRE ALBERTO. ¿De alguna dama de la aristocracia?

LA DUQUESA. Sí.

EL PADRE ALBERTO. Siempre he sospechado eso. Beltrán tiene algo de raza aristocrática. No es un hombre del pueblo.

LA DUQUESA. Beltrán me ha dicho que guarda en la mesa de su celda un medallón de su familia, y yo quisiera verlo.

EL PADRE ALBERTO. ¿Y él le ha dicho a usted que se lo enseñe?

LA DUQUESA. Sí.

EL PADRE ALBERTO. Entonces no tengo inconveniente. Mientras yo voy, porque quizá tarde un poco, le acompañará el padre Martín.

LA DUQUESA. Muy bien. Muchas gracias, aunque no hace falta.

EL PADRE ALBERTO. Sí.

Entra el padre Martín.

EL PADRE MARTÍN. Me ha dicho el padre Alberto que se interesa usted por nuestro hermano Beltrán.

LA DUQUESA. Sí; quizá pueda yo averiguar su origen.

EL PADRE MARTÍN. No vaya usted a traerle una herencia y se nos marche del convento y nos quedemos sin organista.

LA DUQUESA. ¿Aquí se le quiere?

EL PADRE MARTÍN. Mucho. Es un buen chico, un artista apasionado, que ha vivido de una manera frenética y que ha venido a parar a nuestro convento. Se ha encontrado con el padre Alberto, que es un bendito, un alma de Dios. Pan de Flor, como dicen aquí. El padre Alberto le ha educado y le ha enseñado muchas cosas, entre ellas la música y el órgano. El convento no tiene libros nuevos. Para el que se dedica a las ciencias naturales, como yo, es un escollo.

LA DUQUESA. ¿Y el hermano Beltrán está aquí contento?

EL PADRE MARTÍN. Mucho. Es obediente y disciplinado, pero le van a perjudicar los elogios. En Sevilla parece que no se habla más que de él.

LA DUQUESA. Es verdad. ¿Y cómo vino a este rincón?

EL PADRE MARTÍN. El padre Alberto le encontró con unos marineros náufragos que iban en peregrinación a un santuario de aquí cerca a hacer lo que ellos llaman echar un romero. Al padre Alberto le chocó Beltrán porque se mostraba indiferente y burlón. El padre Alberto le habló y él le contó horrores de su vida. El padre le dijo que fuera al convento y él vino, y ha sido un novicio excelente. Estudia, toca el órgano y va a profesar y a ordenarse.

LA DUQUESA. ¿Y no ha hablado nunca de su infancia?

EL PADRE MARTÍN. No recuerda detalles. Tiene la idea de que ha vivido en el campo, cerca de Madrid, en casa de unos aldeanos, que le trataban mal; después, que anduvo con unos gitanos y que luego se embarcó de grumete. Es todo lo que sabe

de los primeros años de su vida.

LA DUQUESA. ¿Y usted cree que Beltrán vive contento de fraile?

EL PADRE MARTÍN. Sí. Está satisfecho. Por su gusto se quedaría sin salir. El prior, el padre Ramón, quiere que Beltrán saque dinero para el convento, y él le ha ordenado que salga a tocar el órgano y a predicar. El padre Alberto cree que Beltrán es un apasionado y que quizá no sepa defenderse de las asechanzas del mundo. El prior dice que si peca por una causa santa y se arrepiente, de los arrepentidos es el reino de los cielos, y que vaya.

LA DUQUESA. ¿Y por qué se ha dicho que el hermano Beltrán hacía milagros con la música?

EL PADRE MARTÍN. Nada. Habladurías. Hay aquí un fraile viejo, el padre Fortunato, que está un poco trastornado y habla solo, y a veces grita y dice que cuando oye la música del órgano se arroba y queda como en éxtasis. Nada. Tonterías. Pero aquí viene el padre Alberto, y le dejo. Adiós, señora.

LA DUQUESA. Adiós, padre.

EL PADRE ALBERTO. Este es el medallón que tiene el hermano Beltrán en su cuarto. No tiene nada de particular. Debe ser de oro.

LA DUQUESA (*Muy pálida*). ¿Me deja usted verlo?

EL PADRE ALBERTO. Sí, señora.

LA DUQUESA (*En voz baja*). Es el mío, no hay duda.

EL PADRE ALBERTO. Es todo lo que tiene. No hay más.

LA DUQUESA (*Balbuciendo*). Con esta alhaja sólo... no se podrá averiguar.

EL PADRE ALBERTO. ¡Ah! Claro que no.

La duquesa coloca el medallón encima del armario de cajones.

LA DUQUESA. Quisiera dejar una limosna.

EL PADRE ALBERTO. No es necesario, señora.

LA DUQUESA. Tengo voluntad.

EL PADRE ALBERTO. Lo que usted quiera.

LA DUQUESA. ¿A quién se la mandaré?

EL PADRE ALBERTO. Mándesela usted al prior.

LA DUQUESA. ¡Adiós, padre!

EL PADRE ALBERTO. ¡Adiós, señora!

El piso primero del palacio del marqués de Benadalid, en Sevilla. Hablan un criado, asturiano, y el mayordomo, leonés, mientras van poniendo colgaduras en los balcones de la casa.

EL CRIADO. ¿Hay que poner los reposteros en todos los balcones de la casa, señor Juan?

EL MAYORDOMO. En todos.

EL CRIADO. Pues tenemos faena para rato.

EL MAYORDOMO. No. Cosa de una hora. Es más fácil de lo que parece. ¿Ves? Ya está.

EL CRIADO (*Mirando primero a derecha e izquierda y viendo que no hay nadie*). ¿Así que el señor marqués, con todas sus campanillas, tiene celos del frailecito?

EL MAYORDOMO. ¡Campanillas! ¡Qué tontería! El señor marqués de Benadalid tiene más de cincuenta años, y el frailecito, el hermano Beltrán, tiene, a lo más, veinticinco.

EL CRIADO. La verdad es que la señora duquesa se ha entusiasmado con el fraile.

EL MAYORDOMO. ¡No hay que pensar mal! El fraile es un gran músico, según dicen, y un predicador notable. La señora duquesa puede tener admiración por él, sin que en esto haya nada de pecaminoso.

EL CRIADO. No digo que no; pero ello basta para que nuestro amo rabie.

EL MAYORDOMO. ¿Y tú te alegras de eso?

EL CRIADO. ¡Tanto como alegrarme!... Hay que reconocer que el señor marqués no es un hombre simpático.

EL MAYORDOMO. Es un hombre difícil. A un señor así, nosotros llamamos un hombre difícil.

EL CRIADO. Pues en la calle, a un tipo así, se le llama un tío antipático.

EL MAYORDOMO. Aquí no estamos en la calle, Bonifacio.

EL CRIADO. Ya lo sé, señor Juan. Esto lo digo en confianza.

EL MAYORDOMO. Esas opiniones revolucionarias, lo mejor es callarlas. Con esas ideas no se hace carrera.

EL CRIADO. Me lo figuro; pero usted las habrá tenido en su juventud.

EL MAYORDOMO. Nunca.

EL CRIADO. Otra cosa. En confianza, señor Juan; aquí que no nos oye nadie. ¿Usted cree que el señor marqués tendrá motivos de celos serios?

EL MAYORDOMO. ¿Cómo motivos de celos serios? ¿Qué quieres decir con eso?

EL CRIADO. Quiero decir si tendrá derechos.

EL MAYORDOMO. ¡Hombre! Derechos, no puede tener. La señora duquesa es casada, y el duque, vive.

EL CRIADO. No sea usted diplomático, señor Juan...; ya sé que derechos oficiales no puede tener; pero podía tener derechos... no oficiales.

EL MAYORDOMO. El diplomático eres tú... Yo no sé si el señor marqués tiene derechos no oficiales; yo no le he visto a la duquesa venir a nuestra casa de Sevilla, ni tampoco en Madrid.

EL CRIADO. ¿Y usted qué cree?

EL MAYORDOMO. Yo no creo nada. Claro, yo no diré en la calle que el señor marqués no tiene nada que ver con la señora duquesa, porque es desacreditarle a él y ponerle en ridículo. Por eso me callo.

EL CRIADO. Pero usted cree algo. No sea usted jesuita.

EL MAYORDOMO. Yo defendiendo la casa.

EL CRIADO. Con los de fuera. Está bien. Pero aquí, en la intimidad...

EL MAYORDOMO. Yo me inclino a pensar que no hay nada serio entre ellos.

EL CRIADO. ¿Tiene usted datos?

EL MAYORDOMO. Yo, las veces que he ido con algún recado para la señora duquesa y la he encontrado sola, nunca me ha preguntado nada del señor marqués. Si ella tuviera que ver con él tendría curiosidad.

EL CRIADO. ¿Y no la tiene?

EL MAYORDOMO. Ninguna.

EL CRIADO. ¿No le interesa?

EL MAYORDOMO. Lo que tú dices: no le interesa.

EL CRIADO. ¿En cambio él...?

EL MAYORDOMO. Él está rabioso; quiere todavía gallear, y no puede. Está en esa edad que los franceses llaman *le retour de l'âge*.

EL CRIADO. Cuando hay que despedirse de las aventuras.

EL MAYORDOMO. Eso es.

EL CRIADO. Y usted, ¿qué opinión tiene de ella?

EL MAYORDOMO. ¿De la señora duquesa?

EL CRIADO. Sí.

EL MAYORDOMO. Es una mujer simpática, buena mujer, de buen fondo, aunque un poco loca, caprichosa, pero de corazón. Es una mujer que quiere vivir sólo para ella misma.

EL CRIADO. ¿Ya usted esto le parece un disparate?

EL MAYORDOMO. Natural..., porque existe la sociedad. No somos hongos. Estas señoronas tienen algo de la mujer del pueblo. Esa manera de ser no la encontrarás en el señorío de una capital de provincia. Esas señoronas son un poco chulonas,

más educadas y con un hablar más entonado, pero con un corazón parecido.

EL CRIADO. Creo que tiene usted razón. No en balde se dice que los extremos se tocan.

EL MAYORDOMO. Es verdad. Vamos a colocar estos dos reposteros que aún nos falta poner en los balcones.

EL CRIADO. Vamos allá.

El hermano Beltrán sale de un convento donde vive en Sevilla y marcha por la calle. En esto se le para delante un joven fuerte y rojo. Es Artzamendi, un vasco piloto que ha sido compañero suyo de aventuras. Habla de una manera ruda, pero sin acento.

ARTZAMENDI. ¡Beltrán!

BELTRÁN. ¿Qué hay, hombre? ¿Estás en Sevilla?

ARTZAMENDI. Sí, he venido de Cádiz, donde estoy viviendo.

BELTRÁN. ¿Vives en Cádiz?

ARTZAMENDI. Sí. ¡De empleado! Es un asco. Me voy a casar.

BELTRÁN. Te felicito.

ARTZAMENDI. ¡Psch! Hay que casarse. No creo que es cosa de felicitar a nadie por eso. La vieja está contenta, porque cree que así no volveré a navegar.

BELTRÁN. ¿A quién llamas la vieja, a tu madre?

ARTZAMENDI. Sí.

BELTRÁN. ¿No quieres a tu novia?

ARTZAMENDI. ¡Psch! Sí. Pero eso de ser empleado es una porquería. Me están dando ganas de hacerme, aunque sea torero, como Lecumberri.

BELTRÁN. No sé quién es Lecumberri.

ARTZAMENDI. Un piloto como nosotros, un vasco, de Busturia, que hace unos años vino a Sevilla y se metió a torero.

BELTRÁN. ¿Tú le viste torear?

ARTZAMENDI. Sí.

BELTRÁN. ¿Y era buen torero?

ARTZAMENDI. No; buen torero no era; pero valiente, sí. Daba cada estocada hasta la empuñadura, y mataba los toros aunque fuese a puñetazos. Toreaba como un piloto.

BELTRÁN. Sí; pero hay que torear como un torero.

ARTZAMENDI. Casi siempre salía herido.

BELTRÁN. Pues chico, para eso no te metas a torero.

ARTZAMENDI. ¿Y tú, adónde vas?

BELTRÁN. Voy a una casa a ver la procesión.

ARTZAMENDI. ¡La procesión! ¡Y eso te interesa!

BELTRÁN. Claro que me interesa.

ARTZAMENDI. Te acompañaré un rato. Te advierto que he venido de Cádiz sólo por verte a ti.

BELTRÁN. ¡Hombre!

ARTZAMENDI. Sí. He leído en un periódico que estabas aquí predicando y tocando el órgano. ¡Tú predicador! Tiene gracia.

BELTRÁN. Es verdad. Lo comprendo.

ARTZAMENDI. El diablo metido a predicador.

BELTRÁN. Sí. A ti te debe parecer cosa rara.

ARTZAMENDI. Bueno. Yo te advierto que no creo en tu vocación; ni en nada de eso. A mí no me la das.

BELTRÁN. Ya te irás convenciendo.

ARTZAMENDI. No me vengas con farsas. Yo como fraile no te creo ni te creeré nunca.

BELTRÁN. Bueno, Monte del Oso^[1]. Veo que sigues tan intransigente y tan terco como siempre.

ARTZAMENDI. Con la razón.

BELTRÁN. Esta es una de tus ilusiones.

ARTZAMENDI. Ya te digo: como fraile, ni esto te creo; pero como tú eres un buen marino, te voy a hacer una proposición.

BELTRÁN. Venga la proposición.

ARTZAMENDI. Yo tengo reunidos veinte mil duros, y un tío en Algorta me da otros veinte mil para establecerme. Compro un barco y hacemos la carrera de África. No reñiremos; tú vas de capitán, y yo de piloto. Y hemos de ganar dinero. Porque tú te has achicado con eso del naufragio. Y hay que seguir la partida hasta el final. ¿Qué me dices?

BELTRÁN. ¿Qué quieres que te diga, Artzamendi? Yo soy fraile, y he de seguir siendo fraile.

ARTZAMENDI. No te creo. Estás aquí como una vieja entre esos frailazos que huelen mal y te has achicado.

BELTRÁN. No te creía tan anticlerical.

ARTZAMENDI. Yo no soy anticlerical. A mí qué me importa todo eso; pero veo que si en vez de estar metido en sacristías y en sitios ridículos llenos de trapos estuvieras en la cubierta de un barco, cambiarías en seguida.

BELTRÁN. Yo te doy las gracias por tu proposición, Artzamendi; pero, chico, eres muy absolutista.

ARTZAMENDI. Nada de absolutista. Es la verdad.

BELTRÁN. Tú ves lo tuyo; los otros tienen también su vida y su verdad. A tu novia, por ejemplo, no le gustará que tú te vayas a navegar, dejándola.

ARTZAMENDI. ¡Qué novia, ni qué nada! Aquí se trata de cosas serias.

BELTRÁN. No seas bruto, Artzamendi. Pará ella será serio el casarse contigo.

ARTZAMENDI. No desviemos la conversación. ¿Tú quieres o no quieres asociarte conmigo y venir a navegar?

BELTRÁN. No quiero, no. Ya te digo. Te doy las gracias, pero no quiero.

ARTZAMENDI. Bueno, pues que conste que yo no creo en tu vocación.

BELTRÁN. Ya lo veo.

ARTZAMENDI. ¡Cristo! ¡Un hombre como tú! Un hombre que, porque no ha ganado dinero y porque ha tenido un naufragio abandona el mar y se mete fraile. ¿Dónde se ha visto nada parecido?

BELTRÁN. A ti te parece un escándalo. Pero, ¡qué quieres! Yo te diré que no es por haber tenido un naufragio ni por no haber ganado dinero por lo que me he metido fraile.

ARTZAMENDI. A mí no me vengas con historias; pero que conste que yo no creo en tu vocación, y como no creo te voy a dar mi tarjeta en Cádiz, y si reflexionas mejor y decides ir a navegar y dejar ese hábito sucio, me escribes.

BELTRÁN. Bueno.

ARTZAMENDI. ¿Te quedas en esta casa?

BELTRÁN. Sí; aquí me quedo.

ARTZAMENDI. Y que conste, ¿eh? Que conste que no creo en tu vocación.

BELTRÁN. Bueno. Adiós.

Se dan la mano. Al despedirse los dos, pasan la duquesa y su hija, acompañadas de Currito Saavedra y de Paco Carmona.

LA DUQUESA (A *Beltrán*.) ¡Adiós, hermano!

BELTRÁN. Adiós, señora.

Unas niñas van a besar la mano al hermano Beltrán, y éste les muestra un crucifijo para que lo besen.

ARTZAMENDI. ¡Aj! Vergüenza me darían a mí estas cosas. ¡Adiós, tú! Y que conste, ¿eh?, que no creo en tu vocación.

BELTRÁN. Adiós, querido Artzamendi, y celebro mucho ver que no has cambiado.

La antesala de la casa del marqués de Benadalid. Van entrando invitados a ver la procesión. Pasan señoras, señoritas y caballeros, a quienes saluda y acompaña el Marqués. Don Lope el erudito se las entiende con unas bandejas de pasteles y unas botellas de vino. Mientras acompaña a unos y a otros, el Marqués atisba la entrada.

El Marqués es de estatura media, de ojos claros, ya grueso y pesado, de más de cincuenta años. Ha sido rubio, tiene una expresión de orgullo y de altanería un tanto desagradable. Aparece el hermano Beltrán, y el Marqués, con una sonrisa forzada, se le acerca.

EL MARQUÉS. Por aquí, por aquí.

BELTRÁN. ¡Ah! Están por aquí. (*El hermano Beltrán sigue al Marqués y entra en un despacho grande con ventanas a un patio. En medio del patio con arrayanes hay una fuente con un surtidor. En el despacho, cuadros, tapices, alfombras y panoplias.*) ¡Ah! ¿No está aquí la duquesa?

EL MARQUÉS (*Con voz dura*). No, no está. ¿Le ha invitado a usted a venir?

BELTRÁN (*Distraído*). Sí.

EL MARQUÉS (*Con voz más irritada*). ¿Se puede saber, hermano Beltrán, qué pretende usted con sus asiduidades con la duquesa?

BELTRÁN (*Como hablando consigo mismo*). Yo no pretendo nada. Por el contrario, estoy deseando ya volver a mi convento.

EL MARQUÉS. Suprimamos las hipocresías si le parece, hermano.

BELTRÁN. No necesito suprimir hipocresías. Yo no soy hipócrita. Digo la verdad. No tengo ningún interés en ocultarla. Me llamaron el otro día para tocar el piano en casa de la condesa, donde conocí a la duquesa; después me han invitado a comer y a acompañarlas a ver la procesión. Eso es todo. No tengo ningún interés en intimar con esas señoras.

EL MARQUÉS. Permítame usted que lo dude.

BELTRÁN. Dúdelo usted si quiere. Me es igual.

EL MARQUÉS. Le encuentro a usted un tanto impertinente e irrespetuoso para fraile.

BELTRÁN. No tengo ningún motivo de respeto para usted. He venido a esta casa porque me han invitado esas damas. ¿No quiere usted que esté aquí? Usted es el amo. Me iré inmediatamente. (*Se acerca a la puerta.*)

EL MARQUÉS. No tiene usted dignidad.

BELTRÁN. Soy fraile y he hecho voto de humildad y de obediencia. ¡Adiós! ¡Buenos días!

EL CRIADO (*Entrando*). De parte de la señora duquesa que vaya el hermano Beltrán, que va a pasar ahora mismo el Jesús del Gran Poder.

BELTRÁN. Voy.

EL MARQUÉS. Le espero a usted aquí. Ya lo sabe usted. Le espero. Me debe usted una explicación.

BELTRÁN. Está bien. Vendré.

Sala grande con tres rejas, en donde están reunidos los invitados. Entra Beltrán, y poco después el Marqués.

LA DUQUESA (*A Beltrán*). Pero, ¿qué hace usted, hermano? ¿Por qué no viene?

BELTRÁN. Me estaba hablando el señor marqués.

LA DUQUESA. A usted, ¡qué raro!

BELTRÁN. Me tenía que hacer unas preguntas.

LA DUQUESA. ¿Quién era ese joven que estaba hablando con usted en el portal?

BELTRÁN. Un compañero mío, un piloto que ha navegado conmigo.

LA DUQUESA. ¡Qué curioso! Cómo me hubiera gustado hablar con él. ¿Y qué le decía?

BELTRÁN. Nada. Está empeñado en que mi vocación de fraile es falsa, y que debo volver a navegar con él.

LA DUQUESA. Tiene gracia.

BELTRÁN. Es buena persona, pero terco como una mula. Cree que todo el que no piensa como él es un farsante.

LA DUQUESA. Está usted un poco pálido.

BELTRÁN. Algo cansado. He dormido mal. Acostumbrado al silencio del convento, aquí no puedo dormir.

LA DUQUESA. Tome usted un poco de Jerez.

BELTRÁN. No, no; me hace daño.

LA DUQUESA. Un poco no le puede hacer a usted daño.

BELTRÁN. Sí, sí; me hace daño, me trastorna, me enloquece.

LA CONDESA. Y si yo le ofrezco media copa, ¿no la va usted a tomar?

BELTRÁN. No; prefiero no tomarla.

LA CONDESA (*Con cierta coquetería*). ¿Tan cobarde es usted?

BELTRÁN. Mucho.

LA CONDESA. No lo creo. Si creyera que le iba a hacer daño no se la daría; pero creo que no le puede hacer daño.

BELTRÁN (*A la duquesa*). ¿Usted cree que no me hará daño?

LA DUQUESA. Un poco, creo que no.

BELTRÁN (*Bebe*). Venga.

EL MARQUÉS (*A Paco, con aviesa intención*). ¿Así que usted es un sevillano que no conoce nuestras procesiones?

PACO. He estado fuera.

EL MARQUÉS. Pues esto es la mar de divertido. Hay cada disciplinante y cada fraile que no los ve usted en ninguna parte del mundo.

Se oyen tambores y música. Pasan unas andas y todas las personas que están en la sala se arrodillan delante de las rejas y comienzan a rezar. El hermano Beltrán se arrodilla también. Se oye cantar una saeta:

Por aquí pazó Jezú
antez que el gayo cantara
con una cru en loz hombroz
de maera mu pezada.

PACO. ¡De madera muy pesada! Estaría hecha con el discurso de un académico.

CURRITO. ¡Hombre! No zeaz ateo. ¡Por Dios! (*Se levantan todos los de la sala.*)

DON LOPE (*Que está rojo e inyectado a consecuencia del vino*). ¡Qué fiezta, zeñore!
¡Qué fiezta! Ezto e Zeviya.

UNA NIÑA (*A su mamá*). Mamá. Mira, allá va el teniente Pérez. Ez el novio de Asunsionsita. El otro ez el capitán Gonsále, el pretendiente de la Rozarito.

LA MAMÁ. ¡Josú! ¡Qué mal guzto tienen ezoz militez! Habiendo en Zeviya niñaz tan bonitaz.

DON LOPE (*Excitado por el vino*). Puez yo, zí; cuando contemplo eztoz actos, en loz que ze unen todaz laz fuersas vivaz para selebrar nueztra veneranda tradisione, de lo má caztizo de Andalucía; yo, que zoy un hijo de ezta bendita tierra, ziento que mi arma ze conmueve y ze exalta... Fieztas azín, trazportan nueztro ánimo a laz máz altaz regionez del idealizmo. Zeviya..., la mujé andalusa..., el sielo asul..., la religión...

PACO. Y la Biblia.

CURRITO. Caya. No zea eséptico ni anticlerical.

PACO. Anticlerical, no; anticharlatán.

CURRITO. Bueno, Cáyate.

DON LOPE. Nozotro, loz hijoz de Andalusia, no podemos ver con carma ezpectáculoz parecídoz. El corasón ze conmueve...

PACO. ¡Qué curda patriótico-religiosa tiene Lope! Mira, Lope, cállate.

DON LOPE. ¿Por qué me voy a cayar?

PACO. Para que no nos pongas en ridículo con tu oratoria.

LA CONDESA. No le diga usted eso.

DON LOPE. Ez un eztranjerisao zin zentimiento.

PACO. El cree que el sentimiento es la palabrería.

LA CONDESA. Pero no se lo diga usted.

PACO. Si no le importa nada. Siempre ha sido así. Habla por hablar. Mi padre cuenta que, cuando Lope se examinaba en el Instituto o en la Universidad, iban todos los

condiscípulos a oírle. Él tenía como táctica el no callar, y decía todos los disparates que se le venían a la imaginación. De un examen de francés que hizo se habló durante años. Después de mil barbaridades, que produjeron la estupefacción del tribunal, porque estaba inventando una gramática para un idioma nuevo, vino el ejercicio de traducción, y el profesor le dijo: «A ver, traduzca usted esta relación: *La mouche et l'araignée*. Él repitió el título: *La mouche et l'araignée* y dijo luego, con seguridad: “El bigote del aragonés”.»

LA CONDESA. *L'araignée*, le sonaba a aragonés; pero el bigote, ¿de dónde lo sacaba?

PACO. Sin duda, de *mouche*, que le recordaba *moustache*.

LA CONDESA. Tiene gracia.

PACO. Es un charlatán imposible.

LA CONDESA. ¡Qué importa! Es simpático.

En la calle.

EL CICERONE. Ahora va a vení el Zantízimo Crizto de la Expiración y María Zantízima del Patrosinio.

EL CATALÁN. Yo le digo a ustet que en Badalona, ¿sabe?, las prosesiones se hasen con mucho más orden.

EL BILBAÍNO. En Bilbao tamién. En un momento, trás, y ya ha pasado.

EL CATALÁN. Esto es una verdadera anarquíe. Mire. Aquí no hay direcsión.

EL BILBAÍNO. Rasón tiene, sí; mucha rasón tiene.

Dentro de la casa.

LA DUQUESA. Ahora ya tiene usted mejor color.

LA CONDESA. No dirá usted que no le cuidamos.

BELTRÁN. No, no; todo lo contrario.

Vuelve a oírse ruido de tambores y de cornetas.

EL MAYORDOMO (*A Beltrán*). El señor marqués le espera.

BELTRÁN. Ya voy.

LA DUQUESA. Otra vez le llama. ¡Qué extraño!

El despacho del marqués que da al patio; un patio con arrayanes y una fuente con un surtidor. El marqués, al ver a Beltrán, se vuelve, con un movimiento rápido y la cara lívida.

EL MARQUÉS. Necesito averiguar qué secreto hay entre la duquesa y usted.

BELTRÁN. ¿Cómo? ¿Secreto?

EL MARQUÉS. Qué razones hay para su intimidad.

BELTRÁN. Con relación a ella, no sé si tiene usted derecho a hacer esa pregunta; con relación a mí, no tiene usted ninguno. ¡Adiós!

EL MARQUÉS. ¡Cobarde! No se va usted.

BELTRÁN. Le he dicho a usted antes que soy fraile, que he hecho voto de humildad y de paciencia.

EL MARQUÉS. No me importan nada sus votos. Es cosa que no me interesa.

BELTRÁN. Esta bien. Me voy.

EL MARQUÉS. No se va usted.

BELTRÁN. Tiene gracia. ¡No me voy a ir!

EL MARQUÉS. No, no se va usted.

El marqués agarra del brazo al fraile, pero éste le rechaza con tal violencia, que el marqués da un grito de dolor.

EL MARQUÉS. Mis lacayos se encargarán de darle su merecido.

BELTRÁN. No sea usted ridículo. Sus lacayos se reirán de usted. ¡Déjeme salir!

EL MARQUÉS. No.

BELTRÁN. ¿Tiene usted derecho para hacer lo que hace?

EL MARQUÉS. Sí; tengo derechos.

BELTRÁN. ¿Qué derechos?

EL MARQUÉS. Yo no acepto imposiciones.

BELTRÁN. ¡Qué imposiciones! Usted está loco.

EL MARQUÉS. ¿Usted quiere interponerse entre ella y yo?

BELTRÁN. ¡Yo! ¡Qué idea más absurda!

EL MARQUÉS. Sí, usted.

BELTRÁN. ¿Y aunque así fuera, qué? ¿Es la mujer de usted?

EL MARQUÉS. No; pero es mi querida.

BELTRÁN. ¡Bah! Es mentira.

EL MARQUÉS (*Con sarcasmo*). ¿Usted lo sabe?

BELTRÁN. Lo adivino. Si fuera verdad, sería una villanía decirlo. Siendo, como es mentira, es una canallada. Además, que otro le puede desbancar a usted. Yo mismo.

EL MARQUÉS (*Con desprecio*). ¡Usted!

BELTRÁN (*Con arrogancia*). Sí; yo que soy más joven, y que no me pinto los pelos como usted.

EL MARQUÉS. Yo no me pinto.

BELTRÁN. Es usted un viejo ridículo. ¿De qué se queja usted si no le hacen caso? Deje usted en paz a las mujeres, y dedíquese usted al ajedrez, o a los sellos, o a trabajos de marquería, que también es una buena ocupación para cornudos.

EL MARQUÉS. ¡Miserable!

BELTRÁN. Con más suerte que usted.

EL MARQUÉS. Insultas porque eres fraile y sabes que no te van a atacar; pero no confíes porque yo te atravesaré si no te defiendes. (*Coge un florete de la pared, lo deja sobre una mesa y empuña otro*).

Beltrán se quita el hábito, toma el florete y cambia de voz y de actitud.

EL MARQUÉS. Ahí tiene usted el arma; defiéndase usted.

BELTRÁN. Es una extraña invitación para hecha a un fraile.

EL MARQUÉS. Una invitación que le aterroriza.

BELTRÁN (*Riendo*). Nada de eso. No sabe usted la fierecilla que ha desatado, señor marqués. (*Se pone en guardia*.)

EL MAYORDOMO (*Abriendo la puerta*). ¿Llamaba el señor marqués?

EL MARQUÉS. No. Cierra la puerta. Que no entre nadie. Tú serás testigo de nuestro duelo.

EL MAYORDOMO. Está bien.

BELTRÁN (*Rojo y excitado*). ¿Así que usted pretende ser un Tenorio, marqués? Usted, que está viejo, gordo y barrigudo... Já... já... ¡Qué risa! Veo que es usted un tanto ridículo. Es usted una gallina mojada.

EL MARQUÉS. ¡Canalla!

BELTRÁN. Sí; un tipo ridículo y, además, que tira muy mal al florete. Todo esto que hace usted es estúpido y, desleal. No le quiero ensartar por lástima.

Beltrán desarma al marqués. El florete salta en el aire. El marqués lo coge del suelo y vuelve a atacar con furia.

EL MARQUÉS. ¡Miserable!

BELTRÁN. Porque manejo mejor el florete que usted y porque tengo más éxito con

nuestra encantadora amiga la duquesa.

EL MARQUÉS. ¡Calla!

BELTRÁN. Un fraile con éxito entre las damas; pero yo, aunque soy fraile, he rodado por el mundo más que usted y he sido aventurero, marino y minero, y he visto matar más hombres que pelos tiene usted en la cabeza, cosa nada difícil, porque tiene usted pocos.

EL MARQUÉS. ¡Infame!

BELTRÁN. ¡Já..., já...!,Pone usted una cara, marqués, que es un espectáculo desagradable. Me da usted asco, la verdad. Tiene usted miedo, miedo.

El marqués aprovecha un descuido y hiere en un brazo a Beltrán.

EL MARQUÉS. Ahí tienes.

BELTRÁN (*Excitado por la vista de la sangre que le mana del brazo*). Nada; un rasguño que le va a costar a usted caro, marqués. Muy caro. Está usted perdido. Puede usted avisar la unción. ¿Eh? ¿No le decía a usted? Ahí va. (Beltrán se tira a fondo y atraviesa al marqués de parte a parte.)

EL MARQUÉS (*Cayendo en brazos del mayordomo*). Es un demonio. Me muero. ¡Confesión!

Se oye de nuevo el redoble de los tambores, la música militar y una saeta.

Mira una rosa e pasión:
cuéntale ziete puñale,
una corona de espina
y tre clavito mortale.

LA DUQUESA (*Llamando desde fuera con voz estridente*). ¡Abrid! ¡Abrid! ¿Qué pasa aquí?

Abre Beltrán, mientras el mayordomo incorpora al marqués, que se muere echando sangre por la boca. La duquesa, desencajada, mira un momento al marqués y agarra del brazo a Beltrán.

LA DUQUESA. ¿Le has matado tú?

BELTRÁN. Sí.

LA DUQUESA. ¿Estás herido?

BELTRÁN. Es poca cosa.

LA DUQUESA. No, no; pierdes sangre. (*La duquesa desgarrar el pañuelo y le venda.*)

BELTRÁN. No sé qué me ha pasado. Me he puesto como loco.

LA DUQUESA. ¿Te ha provocado a un duelo?

BELTRÁN. Sí.

LA DUQUESA. Ven, vamos. Sálvate. Sálvate, por Dios Huye. El coche está a la puerta.
Vamos.

BELTRÁN. Una palabra. Mi corazón me dice que no es usted extraña a mí. ¿Tiene usted algún derecho sobre mí?

LA DUQUESA. Soy tu madre. (*Beltrán se acerca a ella y la besa, sollozando. Luego se arrodilla y le besa las manos.*) ¡Pobre hijo mío! Vamos. En mi casa te esconderás y hoy mismo podrás escaparte. Ponte el hábito. (*Beltrán se pone el hábito.*)

LA DUQUESA (*Al mayordomo*). ¿Ha muerto?

EL MAYORDOMO. Sí.

LA DUQUESA. Yo quisiera que no se enterase la justicia de lo que ha ocurrido aquí hasta dentro de cinco o seis horas. ¿Podrá ser?

EL MAYORDOMO. Sí, señora. No se enterará.

LA DUQUESA. Sabe usted mi secreto. No lo querrá usted explotar. Lo veo en su cara; pero si necesita usted de mí, avíseme usted.

EL MAYORDOMO. Gracias, señora duquesa. Perdome usted.

LA DUQUESA. ¿Qué le ocurre?

EL MAYORDOMO. Yo no tengo imaginación bastante para inventar una fábula sobre lo que aquí ha pasado.

LA DUQUESA. ¿Por qué me dice usted eso?

EL MAYORDOMO. Porque cuando venga el Juzgado tendré que decir la verdad.

LA DUQUESA. Sí; diga usted la verdad.

EL MAYORDOMO. Entonces, ahora mismo cerraré esta sala y aquí no entrará nadie hasta dentro de siete u ocho horas.

La duquesa y Beltrán salen juntos.

En un vagón de primera hay cinco viajeros camino de Cádiz. Un catalán y un bilbaíno, turistas; un comisionista de vino de Jerez, un agente de Policía y Artzamendi, el piloto.

EL CATALÁN. Ya nos vamos. Me alegro.

EL BILBAÍNO. Yo tamién.

EL COMISIONISTA. ¿Qué, no ze han divertío uztés en Zeviya?

EL BILBAÍNO. ¡Pchs! En estos pueblos, más es la fama que otra cosa.

EL CATALÁN. Acostumbrado a Barselona...

EL COMISIONISTA. Claro, Barselona e má grande, e verdá; pero, amigo, Zeviya tié lo zuyo.

EL CATALÁN. Yo, qué quiere ustet que le diga. Sevilla lo encuentro un poco aburrido.

Si no tiene ustet amistades, ¿sabe?, ¿qué hase ustet? Pasear calle de las Sierpes arriba y abajo... ¡Oh, es muy pesado!

EL BILBAÍNO. Sí; muy pesado.

EL COMISIONISTA. Y en Barselona y en Bilbao, iguá. Zi no tié uzté amistades, pues ná... Anda uzté por la Rambla o por la Gran Vía, ¿y qué?, lo mizmo.

EL CATALÁN. No, no. En Barselona tiene ustet muchas más diversiones.

EL COMISIONISTA. Má sinematógrafo..., má teatro...; pero y esto lío que hay en Zeviya, ¿dónde loz hay?

EL BILBAÍNO. ¿Qué líos? Nosotros, ni enterarnos hemos hecho.

EL COMISIONISTA. Yo no zé zi e verdá o e mentira; pero ez lo que ze eztá hablando en Zeviya, en todaz partez.

EL CATALÁN. ¿Pero qué es?

EL COMISIONISTA. ¿Uzté no ha oído hablá que ha muerto el día de Viernez Zanto un marqués? El marqués de Benadalid.

EL BILBAÍNO. ¿Uno muy chirene, que gastaba mucho dinero con mujeres?

EL COMISIONISTA. Zí; pues eze zeñó murió el día de Viernez Zanto cuando pazaba la prosezióon por delante de zu caza, y ze ha dicho que lo ha matado un fraile en desafío.

EL POLICÍA. Y es la verdad.

EL CATALÁN. ¿Y ustet cómo lo sabe?

EL POLICÍA. Porque he visto el cuerpo del marqués atravesado de una estocada. Yo soy de la Policía.

EL COMISIONISTA. ¡Ah! ¿Azí que ezo que ze cuenta e verdad?

EL POLICÍA. Sí, señor.

ARTZAMENDI. ¿Y se sabe por qué se han batido el marqués y el fraile?

EL POLICÍA. No se sabe. Es un misterio. El fraile parece que fué invitado a ir a casa del marqués para ver la procesión por unas señoras, el marqués lo llamó al fraile a su despacho. Sin duda había motivos de odio entre los dos. El caso fué que el marqués le desafió al fraile y se batieron a florete, y cuando entró el mayordomo en el despacho, el marqués caía muerto con el corazón atravesado.

ARTZAMENDI. ¿Y cómo se ha escapado el fraile?

EL POLICÍA. Se ignora. Quizá en automóvil.

ARTZAMENDI. ¿Y se sabe su nombre?

EL POLICÍA. Se hacía llamar el hermano Beltrán.

ARTZAMENDI. ¡Ah! El hermano Beltrán. Hombre, pues...

EL POLICÍA. ¿Qué iba usted a decir?

ARTZAMENDI. Nada.

EL COMISIONISTA. ¿No era el hermano Beltrán eze que desían Díaz Pazadoz que era un gran músico y un buen predicador?

EL POLICÍA. El mismo.

ARTZAMENDI. ¿Y se sabe algo de su historia?

EL POLICÍA. Poco. Se dice que ha sido un aventurero, que ha sido marino y minero; pero no se sabe su nombre y su apellido. En el convento donde estaba no dicen palabra. No hay manera de averiguar nada.

EL BILBAÍNO. Es una historia muy curiosa.

EL CATALÁN. Muy romantique.

EL COMISIONISTA. De las que da Andalucía.

El tren se para en una estación. Se ven unas cuantas muchachas con flores en la cabeza.

EL COMISIONISTA (*En la ventanilla*). ¡Cabayero! ¡Vaya una mosita! ¡Ezo e canela!

EL BILBAÍNO. Guapa chica es.

EL CATALÁN. Es verdat. Es muy bunita; pero muy tostada por el sol.

EL COMISIONISTA. No le ponga uzté peros, zeñó. ¡A bien que eztá podría la niña! Zi ezo e una catedrá! ¡Zi ezo vale máz pezetaz que toa Andalusia junta! (*Dirigiéndose a la muchacha.*) ¡Adió, arma mía! Me voy con el corasón máz arrugao que una pasa.

EL POLICÍA. Que va a echar andar el tren y tiene usted la portezuela del vagón abierta.

EL COMISIONISTA. Tiene usted rasón.

ARTZAMENDI (*Al policía*). ¿Y usted va a Cádiz para averiguar la vida del hermano

Beltrán?

EL POLICÍA. Voy para hacer el paripé nada más. El gobierno ha mandado que no hagamos nada.

ARTZAMENDI. ¿Entonces habrá grandes influencias de por medio?

EL POLICÍA. Probablemente.

ARTZAMENDI (*Aparte*). Ya decía yo que no creía en su vocación. Cómo fingió cuando habló conmigo. Iba a matar al marqués. ¡Qué tipo! Es un hombre terrible. Si le encuentro otra vez le propondré que se asocie conmigo para navegar en las condiciones que él quiera.

Una pensión en París. Calle Vanean, cerca de la calle de Babilonia, enfrente del jardín del hotel que perteneció a Teresa Cabarrús cuando era princesa de Caraman-Chimay, que ahora se llama Hotel Chanaleilles. Piso alto. El cuarto es bastante grande. Está empapelado con un papel antiguo, gris, con rosas. Tiene una cama con colgaduras rojizas, un piano, una cómoda de caoba, una chimenea de mármol con un espejo encima, un reloj dorado, y candelabros, dos sillones y varias sillas. En las paredes hay algunas reproducciones de estampas del siglo XVIII. Sobre el piano, partituras, y sobre la chimenea y la cómoda montones de libros. La habitación tiene un gran balcón y por él se divisan los tejados de cinc, los árboles del jardín próximo y la torre de Eiffel por encima de las casas.

MADAMA DUPLIN. ¿Así que usted es la madre del señor Beltrán?

LA DUQUESA. Sí, señora.

MADAMA DUPLIN. La tomarían a usted por su hermana.

LA DUQUESA. ¡Muchas gracias!

MADAMA DUPLIN. No, no es un cumplimento. Es verdad. ¿Se casaría usted muy joven?

LA DUQUESA. Sí; muy joven.

MADAMA DUPLIN. El señor Beltrán tiene un gran entusiasmo por usted. Se siente muy orgulloso de su madre.

LA DUQUESA. ¿Y qué hace? ¿Está contento?

MADAMA DUPLIN. Trabaja mucho y no da nada que hacer. Él quiere hacerlo todo.

LA DUQUESA. ¿Sale de noche?

MADAMA DUPLIN. Nunca.

LA DUQUESA. No me gusta eso. ¿No tiene momentos tristes?

MADAMA DUPLIN. A veces está melancólico, pero nunca de mal humor. Todos los que le conocen le quieren, sobre todo los niños. Es un joven muy interesante. Creo que viene. Les dejo a ustedes solos.

Entra Beltrán.

BELTRÁN. Estás aquí. ¡Qué dicha!

LA DUQUESA. ¡Querido mío! (*Le abraza*).

BELTRÁN. Has venido ya. Te estaba esperando con ansia. Ya estás aquí.

LA DUQUESA. ¿Has pasado bien este tiempo?

BELTRÁN. Sí; pero hay una cuestión que me atormenta, y aunque te duela quisiera hacértela antes que nada.

LA DUQUESA. Hazla.

BELTRÁN. El hombre aquel a quien maté en Sevilla, ¿era mi padre?

LA DUQUESA. No.

BELTRÁN. Porque si fuera parricida me consideraría como perdido.

LA DUQUESA. Pues no, no. Tu padre era un inglés que murió joven.

BELTRÁN. ¡Un inglés!

LA DUQUESA. Sí. No me acuses de haberte abandonado. Te juro que soy inocente. Algún día te explicaré mi desgracia, y cómo te arrebataron de mi lado.

BELTRÁN. No hay necesidad, madre. No me expliques nada. Lo único que quería saber, lo sé. No quiero saber más, porque ha de ser cosa que te ha de doler al contarlo. Así que dejemos eso.

LA DUQUESA. Querido Beltrán. ¿Estás bien aquí?

BELTRÁN. Sí; estoy bien.

LA DUQUESA. ¿No te resulta esto triste? ¿No estarías mejor en un hotel?

LA DUQUESA. No; creo que no.

LA DUQUESA. Viene el profesor.

BELTRÁN. ¡Sí! ¿Y Dolores, no va a venir?

LA DUQUESA. No; no quiero que venga.

BELTRÁN. ¿Por qué?

LA DUQUESA. Porque habla siempre de ti. Está muy preocupada contigo, y yo creo que algo enamorada. Yo no le puedo decir que eres su hermano.

BELTRÁN. Sí, lo comprendo.

LA DUQUESA. Ahora lo que quiero es que se case. Luego le contaré todo, y podremos vernos los tres y hasta vivir juntos.

BELTRÁN. Sería para mí una dicha completa.

LA DUQUESA. ¡Qué fatalidad! Todo el mundo te quiere, hijito.

BELTRÁN. Sin duda tú me has dado algo de tu encanto.

LA DUQUESA. ¡Adulador!

BELTRÁN. No es verdad. Tú también lo crees así.

LA DUQUESA. ¿No me quieres considerar modesta?

BELTRÁN. No lo eres. Ya ves que no soy siempre adulador.

LA DUQUESA. Querido frailecito. Eres un brujo, un encantador. Es curioso. Mi hija, en cambio, no sé por qué, no tiene atractivo, ¡y es tan buena la pobre! Mejor que nosotros.

BELTRÁN. Es que nosotros somos objetos de lujo. ¡Una duquesa y un fraile que ha sido aventurero y pirata!

LA DUQUESA. No; no somos objetos de lujo, porque tenemos corazón. Tú habrás sido malo, pero ahora eres bueno.

BELTRÁN. ¡Qué sé yo! El mundo es bueno, si es uno bueno; y malo, si es uno malo; pero, ¡es tan difícil ser bueno! Desde que soy fraile no encuentro más que buenas personas, almas de Dios. He abandonado el mal, y el mal me ha abandonado.

LA DUQUESA. Pero te abandona también la energía, y yo no quisiera eso, Beltrán.

LA DUQUESA. ¿Qué tal va su discípulo, señor profesor?

EL PROFESOR (*Con chaquet, melenas y un tanto afectado*). ¡Ah! Muy bien. Muy bien. Inspiración musical en las composiciones del señor Beltrán la hay, efectivamente. Ese Nocturno está muy bien.

LA DUQUESA. A mí me ha parecido lo mismo.

EL PROFESOR. Lo que le falta es técnica. Esos motivos verdaderamente inspirados, un músico sabio los hubiera desarrollado hasta que dieran todo lo que puedan dar de sí. El señor Beltrán los inicia, los desarrolla, pero no sabe extraerles su quintaesencia, y eso es lo que hay que aprender.

BELTRÁN (*Con ironía*). Hay que colocar la inspiración bien. Al cuatro por ciento interior.

EL PROFESOR. Yo le recomiendo que estudie y se ejercite en ensayos.

BELTRÁN. Los ensayos me secan el cerebro. La ciencia no me entra. Con esos ensayos va uno perdiendo toda su inspiración natural.

EL PROFESOR (*Saludando*). ¡Señor! ¡Señora!

El profesor se va.

BELTRÁN. La cantidad de inspiración y de ciencia que hay en la música ya hecha me asusta. Parece que ya no hay nada que decir. La frescura, la gracia, la perfección de Mozart, esa facilidad extraña, milagrosa, como de fuerza natural, el romanticismo desgarrado y patético de Beethoven; luego, Weber, Schubert y Schumann, tan inspirados, tan perfectos en su especialidad; el nocturno, un poco gesticulador y empalagoso de Chopín... Hay gente que dice que toda esa música ya ha pasado. Para mí todavía no ha pasado.

LA DUQUESA. ¿No te gusta lo moderno?

BELTRÁN. Poco. Ahora se dice que Debussy es más que Beethoven. ¡Qué tontería!

LA DUQUESA. No se va a estar siempre oyendo a Mozart y a Beethoven.

BELTRÁN. Mozart y Beethoven, sobre todo Mozart, son como pájaros, como ruiseñores, cantan no se sabe por qué ni para qué. Ellos mismos no podrían explicar su música. Esa música de Mozart es una maravilla. Tiene un esqueleto que es una perfección. También hay carne, es cierto, pero el esqueleto es lo extraordinario. En esa música de Mozart no hay ningún capricho. Las notas no pueden estar más que en donde están. Es la manifestación de su perfección. Lo demás es caprichoso.

LA DUQUESA. ¿Y lo tuyo?

BELTRÁN. También. Es lo que tiene de sugestivo y de irritante la música, su esencia se nos escapa. En las demás artes se entiende la esencia, aunque se escapen los detalles. Se comprende el fundamento de la pintura, de la arquitectura, de la escultura, y más el de la literatura, pero la esencia de la música se nos escapa.

LA DUQUESA. ¿Y Wagner, no te gusta, querido?

BELTRÁN. Poco. La música me basta, las decoraciones y el argumento me sobran. Luego esa mitología germánica me aburre mucho.

LA DUQUESA. ¿Y la música de *Carmen*, no es bonita?

BELTRÁN. Sí, es música de teatro, para gentes de mundo. No tiene esa verdad honda de lo popular. Esa Romanza de la Flor, por ejemplo, no es la canción que puede cantar un vasco un poco salvaje a una gitana de la que está enamorado. Es una canción de un señorito para ser cantada en un salón de París. Es el cromo bonito; para mí, poca cosa.

LA DUQUESA. ¿Y *La Bohemia*, de Puccini? Te parecerá cosa mala.

BELTRÁN. Sí, más bien mala que buena. Puccini es un Wagner muy pequeño y muy empalagoso... Me he dado quizá demasiados atracones de música y ahora no me gusta nada.

LA DUQUESA. ¿Y Strauss?

BELTRÁN. Poca cosa. Estos compositores quieren desarrollar elementos accesorios de la música basados en armonías violentas, en el timbre, en cierto humorismo.

LA DUQUESA. ¿Y los rusos? ¿Stravinsky?

BELTRÁN. También es poca cosa.

LA DUQUESA. Así que no te gusta nada.

BELTRÁN. Nada. Me he dado, como decía antes, quizá demasiados atracones de música.

LA DUQUESA. Y por lo que veo de soledad. Eso no te conviene. Lo que debes hacer es andar entre gente, no estar solo. Con tus preocupaciones y tu soledad te vas a poner malo.

BELTRÁN. Mi vida ha sido tan poco natural, de tan fuertes contrastes, que me parece un sueño.

LA DUQUESA. Pues piensa que no lo es.

BELTRÁN. Muchas veces, cuando me veo por casualidad en el espejo, me contemplo como a un extraño: ¿Quién es éste?, me pregunto. ¿Es un aventurero? ¿Es un fraile? ¿Es uno que era antes huérfano y abandonado, y ahora es hijo de una duquesa? Muchas veces me dan ganas de decir: Ese no existe, no es nadie, es una fantasía que va a desaparecer en un momento.

LA DUQUESA. Esas son las locuras de la soledad. Sal de casa, anda.

BELTRÁN. ¿Qué quieres? ¿Que vaya a los cabarets? ¡Un fraile!

LA DUQUESA. No; a los cabarets, no. Pero quiero que hables, que veas a alguien.

Mañana vendré a buscarte e iremos a una reunión.

BELTRÁN. Muy bien. Pero no digas que yo toco el piano. No me vayan a hacer tocar.

LA DUQUESA. Como quieras. ¡Adiós, querido mío!

BELTRÁN. ¡Adiós, madre!

Sala moderna, un tanto cubista. Las paredes están casi lisas. No hay en ellas más que dos cuadros sin marco. El uno representa, con un poco de buena voluntad, una mesa de hierro con una máquina de escribir y una bocina de gramófono. Al otro se le tomaría por una muestra de telas, pero debajo pone: «Paisaje a la luz de la luna», y hay que rendirse ante esta rotunda afirmación. En el cuarto hay una escultura que parece un sacacorchos grande y un ídolo de piedra de las islas Marquesas. Hay un armario y una mesa pintados de blanco y varias sillas y sofás de colores fuertes, como los del arco iris. El profesor Grobenius, sabio alemán, tiene la cabeza cuadrada, bigote y perilla entre rubio y canoso. Habla con la preocupación de expresarse en francés correcto. Quiere pasar por un parisiense. Le rodean varias señoras.

GROBENIUS. Yo creo que este es el momento en que las mujeres deben marcar su paso en la vida social. El hombre empieza a decaer; por todas partes se ven hombres valetudinarios, débiles, aprensivos, que tienen miedo a las corrientes de aire.

LA DUQUESA DE MONTALBÁN. Pero la mujer tendrá que cambiar para tomar una parte más activa en la vida social.

LA SEÑORITA DE MONTMORENCY. Ya está cambiando. Hoy no se comprende la belleza de una mujer un poco gruesa y con el pecho abultado. Una mujer, como las del Ticiano o como las de Rubéns, nos parecería un verdadero monstruo.

GROBENIUS. ¡Tanto como eso!

LA CONDESA DE BEAUMONT. Las mujeres actuales no se consideran bien si no tienen el cuerpo esbelto y sin protuberancias y la cabeza pequeña.

GROBENIUS. Es la mujer de sport. Ya ve usted qué entusiasmo tienen ahora por dirigir los autos.

BELTRÁN. Esto no parece una prueba de gran superioridad. Nunca hemos creído que un chófer sea un Séneca.

LA SEÑORITA DE MONTMORENCY. Ahora resulta que las mujeres de aire masculino gustan a los hombres, y los hombres de aire femenino a las mujeres. ¡Qué confusión va a haber con todo esto! Una amiga mía suele decir de una muchacha: «Está bien, pero es muy afeminada».

LA DUQUESA DE BEAUMONT. Oiga usted, señor Grobenius, ¿por qué los chicos de ahora son más inteligentes que antes?

GROBENIUS. Eso habría que comprobarlo primero.

LA DUQUESA DE MONTALBÁN. ¿Y por qué no nos gusta la música clásica?

GROBENIUS. A algunos les gusta todavía. ¡Ah!, sí. No cabe duda.

LA DUQUESA DE BEAUMONT. Y los muebles viejos y los bibelots, ¿por qué nos han cansado?

LA DUQUESA DE MONTALBÁN. A mí los cuadros me fastidian. ¿A usted no le parece absurdo poner un plato en la pared de un comedor, como un motivo de decoración?

GROBENIUS. Sí, claro, un plato no es para tenerlo en una pared.

LA SEÑORITA DE MONTMORENCY. ¿A usted qué le parecen las faldas por encima de la rodilla?

GROBENIUS. Es atractivo, indudablemente.

LA DUQUESA DE MONTALBÁN. ¿Y usted cree que eso de la teoría de Einstein es verdad? ¿Por qué ahora se encuentran dos líneas paralelas y antes no se encontraban?

GROBENIUS. Habría que señalar primero qué son líneas paralelas y si hay líneas paralelas en la Naturaleza...

BELTRÁN (*A la duquesa*). Si seguís preguntándole más cosas a este sabio alemán le vais a hacer disparatar francamente. (*La duquesa se ríe. El profesor Grobenius se aleja de estas damas turbulentas y preguntonas, y rodeado de algunos hombres habla de sus estudios sobre los negros, con una taza de té en la mano.*)

EL CONDE KARNOWSKI (*A Beltrán*). ¿Usted es español, señor?

BELTRÁN. Sí.

EL CONDE KARNOWSKI. ¿Conoce usted a la duquesa de Montalbán?

BELTRÁN. Sí, algo.

EL CONDE KARNOWSKI. Es una mujer encantadora. ¿Vive su marido?

BELTRÁN. Sí.

EL CONDE KARNOWSKI. Pero ella no vive con él.

BELTRÁN. No.

EL CONDE KARNOWSKI. ¿Es española o italiana?

BELTRÁN. Española.

EL CONDE KARNOWSKI. Dicen que las españolas tienen una moral muy severa.

BELTRÁN. Eso dicen.

EL CONDE KARNOWSKI. Con ellas hay poco porvenir.

BELTRÁN. Así parece.

EL CONDE KARNOWSKI. Las polacas no son así; las italianas tampoco. ¡Oh, no! Luego aseguran que las españolas no tienen simpatías por los extranjeros.

BELTRÁN (*Burlonamente*). Eso se asegura.

EL CONDE KARNOWSKI. Es triste..., sí; es triste.

GROBENIUS (*Perorando*). Mi opinión íntima es que el pueblo negro es el pueblo del porvenir. Quizá esto no se pueda decir en Europa. Hay prejuicios, hay vanidades. Yo creo que el negro sube y el blanco baja.

UN PERIODISTA SORDO (*A un vecino*). ¿Se trata de algo de Bolsa?

EL VECINO. No; de una cuestión étnica.

UN PERIODISTA SORDO. ¿Étnica? ¿Algo de vinos?

EL VECINO. Más bien de razas.

UN PERIODISTA SORDO. ¿Razas? ¡Ah, sí; ganadería!

EL VECINO. Ganadería humana.

GROBENIUS. Yo estoy convencido de ello. El mejor día, los negros van a dar a Europa una gran sorpresa y una gran lección. Ellos son la aurora, nosotros el crepúsculo.

LA DUQUESA DE BEAUMONT. ¿Y nos llegarán a gustar los negros?

LA SEÑORITA DE MONTMORENCY. ¡Quién sabe! Si tienen buen físico...

PETERSEN (*Un diplomático danés*). Moralmente, el negro deja mucho que desear.

GROBENIUS. Todo lo contrario.

PETERSEN. Yo lo he visto en el campo, en América, no muy diferente del mono.

GROBENIUS. Eso, no. Es una observación superficial. Al negro hay que verlo en África. Allí se puede apreciar la nobleza de su corazón. En sus luchas, el negro es muy noble. Pero yo tengo que marcharme, con hartazgo y sentimiento mío. (*Al ama de la casa.*) Querida señora marquesa..., duquesa...

El profesor Grobenius se va.

LA DUQUESA (*A Beltrán*). ¿Tú no has estado en África?

BELTRÁN. Sí.

LA DUQUESA. ¿Y es verdad esa bondad de los negros de que hablaba el profesor?

BELTRÁN. Yo no la he visto. Los negros del Congo están acostumbrados a venderse, a matarse, a mutilarse.

LA DUQUESA DE BEAUMONT. ¿Usted ha presenciado riñas entre ellos?

BELTRÁN. Sí. En un barco en donde yo estaba teníamos dos negros enemigos: uno era un negro kaongo y el otro un negro mussorongo.

LA DUQUESA DE BEAUMONT. ¿Y por qué eran enemigos? ¿Por alguna mujer?

BELTRÁN. No; era, al parecer, una enemistad antigua, de nación o de tribu; estaban muy vigilados. Llegamos a la desembocadura del río Congo, a cargar aceite de palma. Los dos negros, al llegar a tierra, iban desafiados. Otro marinero y yo fuimos sus testigos. El desafío era a muerte, y los testigos no debíamos intervenir en la clase de muerte que el vencedor diera al vencido. Comenzó la lucha. El kaongo tumbó al mussorongo y lo ató con una cuerda a un árbol.

LA DUQUESA DE BEAUMONT. No estuvo muy cruel.

LA DUQUESA. No. Yo pensaba que habría hecho una barbaridad.

BELTRÁN. Pues la hizo. Hay en el país unas hormigas terribles. El kaongo puso a su enemigo al lado de un hormiguero. Cuando volvimos, al segundo día, al lugar, el mussorongo había muerto comido por las hormigas. Se lo habían comido vivo. No se le distinguía la cara ni los ojos.

LA DUQUESA DE BEAUMONT. ¡Qué horror!

BELTRÁN. A los ocho días no quedaba al lado del árbol más que el esqueleto del mussorongo.

PETERSEN. Contribución al estudio de la bondad de los negros. El profesor Grobenius es un doctrinario.

LA SEÑORITA DE MONTMORENCY. El profesor sabe cortar en pedazos simétricos el pastel de crema; pero luego no se ocupa de la crema.

PETERSEN (*A Beltrán, en castellano*). Es la manera de ser de los alemanes. Después de comprobar los hechos, hacen teorías que no están de acuerdo con los hechos. ¿Quién va a creer en esa aurora social que van a traer los negros?

BELTRÁN. ¿Usted no cree en esa aurora social de color oscuro?

PETERSEN. Yo, no; ni en la traída por los blancos ni en la traída por los negros.

RIBERA (*Un diplomático sudamericano*). ¿Pero e que usté no cree entonse en el progreso, señó?

PETERSEN. Poco; progreso científico, lo hay; el otro es el que no se ve.

RIBERA. Hay la democracia.

PETERSEN. ¡Bah! ¡La democracia! Eso no es nada.

RIBERA. ¿Cómo que no e nada, amigaso?

PETERSEN. Nada. Un ideal que no exige más que ir, cada dos o tres años, con una papeleta, a un colegio electoral. Es ridículo. Parlamentarismo, democracia: fórmulas vacías para masas estúpidas.

RIBERA. No estoy conforme. ¡Qué esperanza! Usted no ha vivido en América, señó.

PETERSEN. Sí; he vivido en América, en los Estados Unidos, en la Argentina y en Chile. No he visto en Europa una adulación tan baja, un entusiasmo por el rico y por el poderoso como allá.

RIBERA. Permítame que le diga, señó; en America hay libertad.

PETERSEN. Libertad de morirse de hambre, como en todas partes.

RIBERA. Allá nos cuidamos de las escuelas, señó; de la educasi3n del pueblo.

PETERSEN. No creo en nada de eso. No creo que viviendo en Europa un hombre inteligente pueda ser muy optimista; pero viviendo en América, en un país nuevo, sin pasado, el pesimismo se impone. Todas las razas, hasta los judíos, tienen algo bueno y algo malo. Lo que puedan tener de bueno los americanos, no hay manera de verlo.

RIBERA. Son los prejuicio lo que le hasen hablar así.

PETERSEN. Hablo por lo que he visto. No tengo ningún entusiasmo de ser de aquí o de allí.

BELTRÁN. A mí me pasa lo mismo. ¿Ha estado usted en Rusia?

PETERSEN. Sí. Ese también es un ensayo fallido. Si ese gnomo sabio de Lenín hubiera vivido más tiempo, hubiera acabado despreciando el comunismo, como

despreciaba la democracia.

BELTRÁN. ¿No le ilusiona tampoco el comunismo?

PETERSEN. Es una utopía. Para mí, de todos los predicadores con afanes éticos de nuestra época, no han quedado erguidos más que dos locos: Nietzsche y Dostoievski... El uno, que ha intentado desmoronar a Cristo; y el otro, que ha querido levantarlo de nuevo en otro avatar. Cristo o Anti-Cristo, amor o guerra; lo demás, no es nada, o casi nada.

LA CONDESA DE BEAUMONT (*a la duquesa*). ¿Quién es ese joven español que habla con el danés?

LA DUQUESA DE MONTALBÁN. Es un pariente mío.

LA CONDESA DE BEAUMONT. Es verdad. Se parece mucho a usted. Tiene unos ojos espléndidos. En encantador. ¿Y qué hace en París?

LA DUQUESA DE MONTALBÁN. Está estudiando música. Es fraile.

LA CONDESA DE BEAUMONT. ¡Oh! No. ¡Qué lástima! Pobre muchacho.

LA DUQUESA DE MONTALBÁN. ¿Qué quiere usted? Es su vocación.

LA CONDESA DE BEAUMONT. Tiene usted que convencerle de lo contrario. Un joven tan interesante..., tan guapo.

LA DUQUESA (*A Beltrán*). Vamos, si quieres. Te llevaré a casa.

BELTRÁN. Vamos.

Salen los dos, bajan la escalera y toman el auto.

LA DUQUESA. ¿Te has divertido?

BELTRÁN. Poco. Todo esto me ha hecho un efecto de confusión. Estoy mejor en el convento.

LA DUQUESA. Yo creo, querido Beltrán, que no estás bien aquí. Este París, este barrio, es triste. ¿No te gustaría ir a Alemania a estudiar?

BELTRÁN. Ya me es indiferente. No tengo entusiasmo.

LA DUQUESA. ¿Por qué ese desaliento?

BELTRÁN. El saber que tengo madre ha fundido toda mi energía y mi dureza espiritual. Te miro, y mi alma se derrite. Iré donde quieras; pero no creo que haré nada.

LA DUQUESA. ¡Querido hijo! No seas débil ni melancólico, sino fuerte y atrevido.

BELTRÁN. Lo he sido. Cuando luchaba con los acontecimientos adversos tenía energía y me figuraba que mi energía sería eterna; pero cuando he llegado a tener momentos de felicidad, mi alma se ha debilitado de tal manera que el mundo ahora me parece vacío de cosas que conseguir, y empiezo a no desear nada. Por eso me gusta la música, porque no dice nada concreto, porque no habla ni de personas, ni de cosas hechas por el hombre.

LA DUQUESA. Es un momento pasajero de debilidad.

BELTRÁN. No es tan pasajero, no. Algunas veces, en el torbellino de la vida accidentada y dura, pensaba: Quizá yo no soy un hombre atrevido y enérgico, sino un sentimental, un contemplativo, que no aspira más que a soñar y a rezar, y luego he podido comprender que era verdad.

LA DUQUESA. No, no. Cuando se está enfermo vienen a la imaginación esas ideas; pero eso no quiere decir que sean verdad; luego se reacciona.

BELTRÁN. Yo no tengo ambiciones. El mundo me parece un estanque pequeño y sin profundidad. Este estanque es demasiado claro, demasiado limpio...; para vivir con esperanza se necesitaría que hubiera un poco más de cieno, de lodo, y un poco más de agitación y de tormenta. Como te digo, no tengo ambiciones. No quisiera más que estar a tu lado y al lado de Dolores.

LA DUQUESA. Espera algún tiempo, un año, unos meses. Hasta que se case ella.

BELTRÁN. Esperaré.

LA DUQUESA. Y ten ambiciones. Piensa que puedes llegar a ser un gran músico. Que tus composiciones pueden ser oídas en los grandes teatros...

BELTRÁN. No puedo ilusionarme con eso. Todo lo que tenga que ver con la fama, con el público, con el aplauso, me deja frío.

LA DUQUESA. Pues no debe ser así.

BELTRÁN. En cambio, los recuerdos me matan. ¡He visto tantos horrores! He visto morir a mucha gente. Yo he matado. Con estas manos (*Mirándose las manos*) he matado.

LA DUQUESA. ¡Mi pobre hijo! No pienses, por Dios, en eso.

BELTRÁN. No; no pensaré.

LA DUQUESA. Decides marcharte de aquí, ¿verdad? Esto es triste. ¿Dónde quisieras ir?

BELTRÁN. Me gustaría ir a España, y al convento.

LA DUQUESA. Sí; pero antes hay que hacer la gestión de ver cómo quedó la muerte del marqués; si te pueden perseguir o no. Mientras tanto, podías ir a un pueblo del Mediodía de Francia. ¿Te gustaría?

BELTRÁN. Sí; ¿por qué no?

LA DUQUESA. ¿Adonde irías mejor, a la parte del Mediterráneo o a la del Atlántico?

BELTRÁN. Mejor a la del Atlántico; es el mar que conozco.

LA DUQUESA. Entonces al País Vasco.

BELTRÁN. Bueno.

LA DUQUESA. A una aldea mejor que a una ciudad.

BELTRÁN. Sí; a una aldea.

LA DUQUESA. Te llevaré esta semana, e iré siempre que pueda a verte.

La fonda de Etchegaray está cerca de la plaza. Es una casa con entramado de madera; una parra y un café en el piso bajo, pintado de rojo. Delante del café hay varias mesas en un raso sombreado por unos plátanos. En la fonda vive Beltrán. Una tarde de verano y de domingo; delante de la fonda de Etchegaray se detiene un automóvil, y de él baja la duquesa. La duquesa entra en el café que hay debajo de la fonda. Le sale al paso una muchachita de catorce o quince años.

LA DUQUESA. ¿Está el señor Beltrán?

GRACIOSA. No; ahora no está. Estará en casa del abate Harismendy, el organista.

LA DUQUESA. ¿Ha estado bien de salud el señor Beltrán?

GRACIOSA. Ha estado enfermo; pero ya está bien.

LA DUQUESA. ¿Es amigo tuyo el señor Beltrán?

GRACIOSA. Sí, señora. Es muy amigo mío, y de mi padre, y de mi madre.

LA DUQUESA. ¿Cómo te llamas?

GRACIOSA. Graciosa Etchegaray.

LA DUQUESA. ¡Qué guapa eres! (*Le acaricia la cara.*) ¿Vivís aquí?

GRACIOSA. Sí, señora; tenemos la fonda. Mi padre es jugador de pelota. Todo el mundo le conoce. Le llaman *Bordazar*. Ha estado en las Américas.

LA DUQUESA. ¿Te gusta ver jugar a la pelota?

GRACIOSA. Sí; pero no mucho. Me gusta más el tenis. A eso juegan también las chicas.

LA DUQUESA. ¿Y la música, te gusta?

GRACIOSA. Mucho. El señor Beltrán toca con más alma que el abate Harismendy.

LA DUQUESA. ¿Y en qué lo notas tú?

GRACIOSA. No sé; pero lo noto. A pesar de esto me parece que el señor Beltrán sabe menos música; pero cuando toca algunas cosas me da así como frío en la espalda. Sobre todo, suele tocar un *Nocturno*...

LA DUQUESA. Sí; ya lo he oído.

GRACIOSA. Al abate Harismendy no le gustan más que las cosas antiguas: misas, oratorios, motetes...

LA DUQUESA. ¿Y a ti eso no te gusta?

GRACIOSA. Sí, me gusta; pero dice poco. Son como esas personas guapas que no se incomodan ni se ríen nunca.

LA DUQUESA. Y lo del señor Beltrán es lo contrario.

GRACIOSA. Sí, lo contrario; tan pronto es muy triste como muy alegre. Mire usted, ya viene por allí el señor Beltrán.

LA DUQUESA. Voy a ir a su cuarto para darle una sorpresa.

El cuarto de Beltrán es un cuarto bastante grande, empapelado, con una ventana que da a la plaza. Tiene algo de sacristía. La cama, de madera de caoba, tiene una colcha y unas colgaduras blancas; las cortinas son blancas; hay una chimenea de mármol blanco y encima un espejito. A la cabecera de la cama una pila de agua bendita y unas ramas bendecidas. Encima de la chimenea hay fotografías, hechas en América, de pelotaris y pastores, y dos floreros con unos ramilletes hechos de conchas que imitan flores de distintas clases. Al lado de la ventana hay una mesa llena de libros y un armonium. En el pasillo suena a cada paso un reloj de cuco. Entran en el cuarto la duquesa y Beltrán.

LA DUQUESA. Has estado malo y no me has avisado. ¿Por qué eres así, querido?

BELTRÁN. Creí que acabaría pronto mi enfermedad.

LA DUQUESA. Te encuentro flaco.

BELTRÁN. ¡Bah! Y a engordaré.

LA DUQUESA. ¿Has pasado malos días?

BELTRÁN. No. Tenía un poco de fiebre todas las noches; pero se me pasaba por la mañana. Como aquí, en la fonda, suele haber por las noches canto y alboroto, me llevaron a una casa cerca de la iglesia. Me cuidaba una monjita y la chica de esta fonda, y por la mañana, al despertar, oía el tantum ergo que tocaban en la iglesia.

LA DUQUESA. ¿Estás ya bien?

BELTRÁN. Sí.

LA DUQUESA. ¿Qué son estos libros? ¿Qué lees?

BELTRÁN. He leído Nietzsche y Dostoievski... Aquel diplomático danés decía que eran los dos autores que quedaban de nuestra época; creo que tenía razón. El ruso es formidable.

LA DUQUESA. Yo he leído algo de Dostoievski... Es muy triste.

BELTRÁN. A mí no me lo ha parecido.

LA DUQUESA. ¿No?

BELTRÁN. No, la verdad. Al revés. Me ha dado ánimo; no sé por qué, me ha excitado. Porque desde que he estado enfermo tengo una pereza profunda.

LA DUQUESA. Es que estás enfermo todavía.

BELTRÁN. No sé. ¡Me encuentro tan bien! Nunca he digerido el tiempo con tanto gusto como ahora. Duermo y cuando despierto me siento feliz. Estimo la vida y me parece que sería muy agradable morir.

LA DUQUESA. ¡Qué tonterías!

BELTRÁN. Sí. Se me ocurren muchas tonterías; una de ellas que tengo que purificarme, que mejorarme para hacer una buena música. Muchos de los artistas medievales rezaban antes de comenzar una obra.

LA DUQUESA. ¿Y tú, rezas?

BELTRÁN. Sí, a mi manera.

LA DUQUESA. ¿Cómo a tu manera?

BELTRÁN. ¡Qué quieres! No sé si tengo una fe positiva.

LA DUQUESA. ¡Cómo que no tienes una fe positiva! ¡Y eres fraile!

BELTRÁN. Tengo una fe vaga. Creo en la oración, en el amor al prójimo y en la música; pero no creo que haya un dios en el espacio que nos escuche.

LA DUQUESA. Pero eso es no creer en Dios, querido.

BELTRÁN. Es posible.

LA CONDESA. No me digas eso. Exageras tu incredulidad. ¡Un fraile sin fe! Un místico que no espera nada.

BELTRÁN. Lo que tú dices: un místico que nada espera. Yo creo que eso se da. Es posible que los sabios conozcan los caracteres de los tipos como yo; ahora que, según dicen, se estudia la psicología con experiencias.

LA CONDESA. Yo siempre he creído que en el misticismo entra el creer.

BELTRÁN. Yo también; pero quizá no sea lo esencial el creer, sino alguna otra cosa. Respecto a mi misticismo, si es que lo tengo, yo creo que depende de que mi espíritu no está hecho para las luchas de la realidad. No he podido pelear con las realidades más que tomando un aire heroico y exagerado. Soy como el guerrillero: en una lucha constante defiende sus cualidades personales, de guarnición se desmoraliza.

LA DUQUESA. Pero si no puedes vivir en la realidad, ¿qué te queda?

BELTRÁN. Un sentimiento de simpatía universal por los seres, por las cosas... Oír música..., mirar el cielo...

LA DUQUESA. ¿A un cielo vacío?

BELTRÁN. A un cielo vacío. Si estuviera lleno, si se vieran rosas entre las nubes, la verdad, no perdería uno mucho; pero detrás de las nubes no hay nada, al menos nada para nosotros.

LA DUQUESA. ¡Quién sabe!

BELTRÁN. Nadie. Yo, con mi cabeza buena o mala, no he podido sospechar una intención divina ni andando en el mar, ni andando en tierra.

LA DUQUESA. ¿No?

BELTRÁN. No. Muchas veces recuerdo frases y pensamientos que he leído recientemente en libros místicos, desde Rusbrokio hasta Molinos.

LA DUQUESA. No sé quiénes eran esos místicos.

BELTRÁN. Rusbrokio creo que era un canónigo flamenco del siglo XIV, nacido en

Ruysbrock. Su libro lo teníamos en el convento, traducido al castellano. De Molinos, el fundador del quietismo, también teníamos un libro que todos los librereros de viejo querían comprarnos.

LA DUQUESA. ¿Y qué te pasa al recordar los pensamientos de esos hombres?

BELTRÁN. Me pasa que creo que tengo un misticismo un tanto panteísta, casi ateo.

LA DUQUESA. Exageras, querido.

BELTRÁN. ¿Qué quieres? Los poetas y los músicos somos así, exagerados. Si se mira con entusiasmo, esa manera de ser parece sublime, y si se mira con indiferencia, parece ridícula. Tiene uno, sin querer, una idea transcendental de su arte, que no responde a la realidad por nada; pero así es. Una nota cambiada, un pequeño error y ya se cree uno que el mundo se va a parar en su marcha... Es ridículo.

LA DUQUESA. Sí, quizá; pero lo comprendo.

BELTRÁN. Todo es vanidad. Uno cree que trabaja para el mundo *urbi et orbe*.

LA DUQUESA. Así debe ser.

BELTRÁN. En mí es así unas veces. Otras, en cambio, todo me parece que no vale nada.

LA DUQUESA. ¿Y estás bien aquí?

BELTRÁN. Muy bien. Es gente buena esta; Bordazar, el amo de la fonda, es un hombre honrado y leal, su mujer es amable y activa, la pequeña es encantadora.

LA DUQUESA. La conozco.

BELTRÁN. De estos vascos se puede decir que viven en una pequeña Arcadia; ni envidiosos, ni envidiados. Es gente limitada. Trabajan, cantan, beben; las grandezas del mundo no les preocupa. Una vida así me parece muy bien.

LA DUQUESA. A mí, no.

BELTRÁN. Claro que una vida así no puede ser más que para una comunidad pequeña; pero está bien, es noble. Aquí el vasco no quiere ser criado.

LA DUQUESA. A mi eso no me gusta. Yo creo que debe haber clases.

BELTRÁN. Claro. Tú eres duquesa y, naturalmente, tienes que ser conservadora y aristocrática.

LA DUQUESA. Y tú eres hijo mío.

BELTRÁN. Yo soy también fraile, y demócrata, y bolchevique.

LA DUQUESA. Pero los frailes no son bolcheviques, hijito.

BELTRÁN. Sí; porque son cristianos.

LA DUQUESA. Eres un niño, a pesar de haber sido pirata.

BELTRÁN. ¿Qué habéis hecho Dolores y tú? ¿Se ha casado Dolores?

LA DUQUESA. Sí.

BELTRÁN. ¿Está contenta?

LA DUQUESA. Sí.

BELTRÁN. ¿La podré ver pronto?

LA DUQUESA. Sí. En cuanto vayamos a España.

BELTRÁN. ¿Cuándo iremos?

LA DUQUESA. Cuando tú quieras.

BELTRÁN. ¿Podré volver al convento?

LA DUQUESA. Sí. Si quieres, vuelves; si no, no.

BELTRÁN. Sí. Volveré. (*Están madre e hijo en la ventana; cuando empieza a oscurecer. Cierran la ventana. Se oye la gente en el café que canta a coro.*)

VOCES. Pelegrinuak datoz

Santiagotikan

Atera iriki beza

Ikusteagatikan.

(‘Los peregrinos vienen de Santiago; abrid la puerta para verlos.’)

LA DUQUESA. ¡Cómo cantan!

BELTRÁN. Los conozco a todos. Tienen instinto musical y es buena gente.

LA DUQUESA. ¿Eso que cantan es antiguo?

BELTRÁN. No creo. El abate de Harismendy tiene el canto de Ultreja, uno de los himnos medievales que cantaban los peregrinos que iban a Santiago.

LA DUQUESA. ¿Y por qué se llama de Ultreja?

BELTRÁN. Porque termina con estas palabras:

Eultreja, esuseja

Deus, adjuva nos.

Que debe querer decir algo como: ‘Adelante, adelante. ¡Ayúdanos, Señor!’.

LA DUQUESA. ¿Y esto es un himno? ¿Esto que cantan?

BELTRÁN. No; es una canción en broma. Los vascos no son nada religiosos en el fondo; son más bien deportistas, gente para andar, para correr, para bailar.

LA DUQUESA. A ti te parecen bien.

BELTRÁN. Sí. Es buena gente, buena gente. Es extraño. El mundo parece malo para el malo y bueno para el bueno. Toda la gente que he conocido yo cuando era violento y malvado eran duros, canallas; ahora, que pretendo ser bueno, lo son todos los que conozco.

EPÍLOGO

EN EL CONVENTO DEL SALVADOR

El padre Alberto, el padre Martín y el Superior han instalado al hermano Beltrán en su celda. Beltrán se encuentra mejor; hace la vida ordinaria en el convento. El primer día de fiesta tocará en la misa. La duquesa y Dolores van a oírle. Después de la misa, cuando se vaya la gente, tocará su *Nocturno* y alguna de sus nuevas composiciones.

Comienza la misa mayor, y al concluir, el hermano Beltrán se asoma a la balconada del coro, y al ver a la duquesa y a Dolores las saluda efusivamente.

Beltrán comienza su composición con mucho brío, pero al llegar al *Nocturno* las notas van perdiendo fuerza y se acaban.

LA DUQUESA. ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? (*La duquesa sube las escaleras del coro y al acercarse al órgano ve al padre Alberto inclinado sobre el hermano Beltrán, que está muerto.*) ¿Está muerto?

EL PADRE ALBERTO. Sí.

LA DUQUESA (*Llorando desesperada y abrazando al muerto*). ¡Ay, mi hijo! ¡Mi hijo!
¡Mi pobre hijo!

Madrid, mayo 1929.

PLÁTICA A LOS CHAPELAUNDIS DE IRÚN

Amigos chapelaundis: Hace veinte años, en San Juan Pie de Puerto, comencé a escribir esta novela, *Zalacaín, el Aventurero*, que ahora se está filmando en Behobia. La escribí por entretenimiento, para pasar el rato, y la terminé en unas pocas semanas. Como la mayoría de mis libros, tuvo poco éxito. Al cabo de algún tiempo me pareció notar que en esa novela escrita a la ligera había puesto yo, sin proponérmelo, un ideal caro de mi vida.

Todos tenemos ese fondo de ideal que se proyecta con mayor o menor claridad en forma de deseo o de sueño.

Ese Zalacaín, ese pequeño montañés que no tiene más patria que sus montes, ni más dogma que la conciencia de su vida y de su fuerza, que no quiere compararse con nadie, porque de la comparación no puede venir más que la tristeza y la envidia, ese fiero aldeano que no siente deseos de vivir en las grandes ciudades, habitadas por príncipes y por esclavos, que resiste sin saber que resiste a la fuerza omnipotente del dinero y a la absorción romano-semítica del mundo, me produce, a pesar de no ser más que una sombra, un sentimiento de humana cordialidad.

Hoy ya no le considero como hijo mío ni aun como allegado, sino como algo extraño y lejano a mí. Así lo es. Perico Larrañaga, que lo representa y le da nueva vida en la pantalla, está más cerca de él que su autor.

El autor se alejó hace tiempo de toda posibilidad heroica de pensamiento y de obra. No es ya más que un animal melancólico que se contenta con vivir con un poco de dignidad, cosa no siempre fácil.

Los Zalacaín, si existen en esta época, tienen otra órbita y no se cruzan con nosotros.

Ahora, amigos chapelaundis, salud, y como no pensamos en ser heroicos, sino en ser buenos beodos y buenos bebedores, levantemos la copa alegremente y recordemos la frase humorística de Escaligero, dedicada a los pueblos que confunden la v con la b: *Felices populi quibus vivere est bibere*. ('Felices pueblos para quienes vivir es beber').

OTRA PLÁTICA A LOS DONOSTIARRAS

Un tanto inquieto y al mismo tiempo agradecido, por ser yo el agasajado en este banquete, voy a leer unas cuartillas. Supongo que la mayoría de los comensales querrá que las lea. Si pensara que voy a molestar a alguno, las guardaría en el bolsillo.

Yo he dicho en un libro cosas un poco rudas sobre San Sebastián. No voy a cantar la palinodia. Esto sería desagradable. Además, lo que he escrito me parece exacto; y al pensarlo y al decirlo no hubo en mí intención aviesa. Yo tenía de joven un ligero rencor contra la ciudad, quizá más contra los directores de la ciudad, porque cuando quise encontrar en ella una ocupación como méico no la pude encontrar; pero mis rencores son superficiales y se olvidaron.

Comprendo que tenía entonces poco espíritu ciudadano. He sido y soy un liberal y un individualista sin disciplina. Lector entusiasta en mi juventud de Schopenhauer, de Dostoievski y de Tolstoi, tenía un bagaje antisocial no muy propicio para colaborar en pequeño o en grande en la marcha de una ciudad como ésta, antes liberal y provinciana, y que comenzaba a ser, cuando yo era joven, rica, grande, conservadora y algo teocrática.

Desligado de ella, me he convertido en un forastero más, pero en un forastero simpatizante que ve los éxitos del pueblo con entusiasmo. No sé si como forastero o como donostiarra, San Sebastián me gusta más en invierno que en verano.

Yo soy hombre un tanto oscuro y las atracciones veraniegas no me atraen gran cosa. No me gustan las corridas de toros, me parece una fiesta aburrida; no tengo curiosidad por las carreras de caballos ni por los *sports*. No estoy tampoco en la edad de lucir pantalones blancos ni de llevar la cabellera al viento, principalmente porque no la tengo. Así como forastero y como alejado de las cosas actuales, creo que puedo mirarlas con más serenidad que si estuviera dentro de ellas.

Hoy se me figura ver que la vida donostiarra es más normal, más en armonía con la naturaleza, más pagana que la de hace años y también un poco más cruel e indiferente. A veces la crueldad y la indiferencia son una condición de lo sano.

Al paganismo de esta época la tendencia hipócrita pone unas conteras un tanto cómicas. Así, el director espiritual puede armonizar para sus clientes ricos de ambos sexos, la devoción y el *sport*, el libro de oraciones y el *maillot*, la novena y el lápiz para maquillarse, la adoración nocturna y el charlestón, el jesuitismo y el *jazz-band*.

Yo ya sé que hablar de estas cosas es de mal gusto. El año pasado era de mal gusto hablar en Guipúzcoa del crimen de Beizama, y parecía que algunos insensatos mal intencionados, habíamos inventado este crimen para soliviantar a las personas pudibundas y de buenas costumbres. Nuestro tiempo es para gente sana, para gente joven y de poca espiritualidad; para los americanos, para los comerciantes judíos y para los *sportsmen* admiradores de futbolistas, boxeadores y corredores. Es el tiempo del deporte y del cemento armado. Uzcudun, hoy por hoy, es un hombre

representativo del País Vasco. Puede aspirar a todo. Si con el tiempo deja algún dinero para obras piadosas, puede llegar a ser canonizado en compañía del cura Santa Cruz y bajo la tutela amorosa de nuestro padre Ignacio.

Un misticismo en pequeño y un sentido práctico en grande se dan con frecuencia en el hombre. Yo he leído este año y en el pasado algunas obras de mística, y la verdad, me parecía que estaba hojeando libros de cuentas con su debe y su haber.

No en balde las creencias actuales tienen tan fuerte raíz semítica; no en balde somos latinos, al menos de cultura, y tenemos esta idea desmesurada y exorbitante que tiene el latino de sí mismo. Hay mucho calculador, mucho judío hábil bajo la capa de buen creyente que sabe hacer un perfecto balance de virtudes y de pecados; de lo que hay que hacer y de lo que no hay que hacer. El que se habitúa a ese cálculo en lo ultraterreno, es un águila para lo terreno.

En este momento social de gente hábil, calculadora y despierta, con instintos trepadores, el que no es hábil, calculador y despierto, se debe retirar a un rincón para que no le pase por encima el auto de buena marca de las gentes vencedoras. Es lo que he hecho yo siguiendo el consejo dado en Cándido por el viejo maestro de Ferney. Así, retirado, parece que se ven las cosas y los hombres, las ideas y los hechos, con mayor claridad.

Desde fuera y sin pretensiones de conocerla a fondo, encuentro cuando vengo a San Sebastián que ésta es una ciudad que progresa —al menos materialmente— con un brío extraordinario, que es una urbe grande, espléndida, de las que tienen más visualidad y opulencia de las ciudades de recreo de Europa.

Cierto que le falta un leve matiz de espiritualidad, pero ésta no es culpa exclusiva suya, sino tanto o más de la burguesía que viene de todas partes y que no es frecuentemente un modelo de aticismo.

Hace unos años fui a ver el Museo Oceanográfico, con una familia de un amigo, y después de contemplar algunas mixtificaciones históricas poco agradables que hay allí, al bajar al acuario, que aún no estaba surtido, el miquelete nos dijo sonriendo: «Pesos no tenemos».

¡Qué le vamos a hacer! «¡Pesos no tenemos!». Cultura intensa tampoco tenemos; pero la tendremos con poco que el pueblo se empeñe. Entonces, San Sebastián no será sólo marco apropiado para la petulancia del rico, sino también algo para gente menos brillante que tenga necesidades espirituales. Cierto que esta cuestión de la cultura no es clara, ni mucho menos; bajo ese rótulo indicador hay muchas direcciones y muchos caminos.

Yo creo que la tendencia de los pueblos nuevos no debe ser la de aceptar estilos estéticos manoseados, sino ir a buscar zonas inexploradas en donde las haya, probablemente mejor en la ciencia que en el arte. Una ciudad de recreo es epicúrea aun sin quererlo. El gran Epicúreo, honor de la antigüedad, según Lucrecio, tiene su culto, aunque sea inconfesado.

Si hay epicureismo vale más que no sea únicamente del arte suntuario y del arte

culinario, sino también del ingenio, de la gracia y de la instrucción. La cultura será un nuevo elemento de éxito para una ciudad como ésta, activa y emprendedora... No quiero seguir más en mi divagación... La interrumpo, amigos donostiarras, para daros las gracias de una manera efusiva y cordial por esta prueba, para mí inesperada, de simpatía.

«ZALACAÍN, EL AVENTURERO», EN FILM

CONFERENCIA EN EL CINE CLUB

Señoras y señores: Yo hubiera querido que la película *Zalacaín, el aventurero*, hecha a base de una novela mía, se hubiera dado por primera vez en una copia buena y sin ninguna explicación; pero como no consigue uno hacer casi nunca lo que desea, se va a dar, de una manera fragmentaria, en una copia mediana y con explicaciones. Las explicaciones quieren ser un sucedáneo de lo imperfecto de la proyección, aunque quizá el remedio sea peor que la enfermedad. No voy a disertar sobre puntos técnicos del cinematógrafo. Disertaciones de esta clase me parecen mejor para el taller que para el público.

El cinematógrafo, en este momento histórico, parece que es una cosa importante, no sólo como diversión, sino como palabra sagrada. El cinematógrafo es una muga, un hito, una piedra miliar, un Dios Término. Siempre ha habido un tope para separar los buenos de los malos, los beocios de los atenienses, los puros de los impuros. Muchas veces, más que un tope es un tópico.

Hoy el tope es el cine. El mundo literario y artístico se puede dividir, según algunos, en dos grupos: amigos del cine y enemigos del cine; cinematófilos, a un lado; cinematófobos, al otro. Los cinematófilos esperan del cine algo como el Santo Advenimiento; los cinematófobos auguran que, a fuerza de películas, iremos al caos, al abismo, a la oscuridad de la noche cimeriana.

Yo, la verdad, no soy de los cinematófilos incondicionales; quizá no he cogido el amor a la pantalla a tiempo y me ha pasado con el cine como con la bicicleta y con el fútbol. Tampoco soy un cinematófobo. En esto, como en muchas cosas, me siento un poco murciélago: a veces pájaro, a veces ratón.

El cinematógrafo me parece en parte bien; tiene algo rápido, dinámico, de aire nuevo, sin tradición, un poco bárbaro, que me gusta; pero está casi siempre mezclado con una retórica insoportable e inspirado en una moral de adoración al dinero y al lujo, para mi gusto repulsiva. No me figuro, ni creo que se lo figure nadie, cómo evolucionará el cinematógrafo. Por ahora, me parece que evoluciona más en su aspecto científico que en el artístico. Quizá esto no importe para su progreso. Todas las artes evolucionan y se modifican en su técnica por el cambio de la materia que emplean; así, la arquitectura tiene que ser distinta cuando usa el ladrillo que cuando usa la piedra o el cemento armado. Lo mismo sucede con la música y con la pintura; se inventan nuevos instrumentos musicales, y la música se complica; se encuentran nuevos colores o procedimientos de reproducción, y cambia la pintura y el arte gráfico se encauza por otros derroteros. Únicamente la literatura se transforma poco por su materia, que es el lenguaje, porque lo esencial de ella no es el arte.

Debajo del pintor o del escultor está principalmente el artista; debajo del escritor,

está principalmente el hombre, con sus cualidades y sus defectos. Por eso el escritor evoluciona poco. Las primeras páginas de Dickens, de Tolstoi o de Dostoievski son, al menos por su espíritu, iguales a las últimas; a veces, mejores. En literatura se aprende poco o no se aprende nada. El escritor puede cambiar, como otro hombre cualquiera, por la vejez o por la desgracia o por la suerte, y su cambio es inconsciente, fatal. Conscientemente, deliberadamente, es cuando no puede variar. Es decir, puede variar de una manera formal, haciendo otras combinaciones de palabras de las acostumbradas, pero esto no tiene ningún valor, al menos ningún valor humano. Esta clase de ensayos podrán tener importancia para la sintaxis, para la retórica, para ser estudiados en las escuelas; pero nada más.

El renovarse o morir, de D'Annunzio, es una frase retórica sin realidad. Nadie se renueva, ni se remoja porque quiere. Somos lo que somos por fuerzas ancestrales que vienen de remotos orígenes. Renovarse por la voluntad, deliberadamente, es una empresa por el estilo de abrir las ostras por la persuasión.

El cine, por ahora, va evolucionando en su base científica. No le ha nacido aún su Poe o su Dostoievski... Es evidente. Sus directores, sus inspiradores, tienen todavía en el cerebro los mismos lugares comunes que la mayoría de la gente que se dedica a otra cualquiera labor literaria. Sienten, sobre todo, el amor a esos tópicos del modernismo de hace treinta años, que recuerdan los valeses de los tziganos y los perfumes de las perfumerías baratas. Es decir, que, hoy por hoy, el cine es un arte híbrido, mixto de mediana literatura y de buena fotografía. El cinematógrafo, para perder su hibridez, para hacer algo original, necesitaría no deshumanizarse; no creo sea posible esta deshumanización del arte indicada por Ortega y Gasset, sino desretorizarse, limpiarse de la vieja y amanerada retórica. Disolver la retoricina, diría uno, empleando una frase de mal gusto. El ideal del cineasta sería, sin duda alguna, hacer un cine inocente, fenomenológico, que no tuviese relación con el cine primerizo, impregnado de literatura venenosa; conseguir que lo considerase con motivo suficiente, como algo viejo y pasado; pero esto parece por ahora imposible. La originalidad del hombre es muy limitada, muy pequeña. En la ciencia parece mayor, porque no vemos la labor oscura, los eslabones de la cadena, y nos dan los resultados; pero en las artes, donde no hay esta labor oscura, se ve la esterilidad.

No creo tampoco que el cine pueda sustituir al libro. Para el aficionado éste es necesario y no tiene fácil sustitución. Ciertamente que cada vez hay menos aficionados a leer, sobre todo en España; para la mayoría de la gente el leer es un trabajo penoso, al que no se llega más que a fuerza de aburrimiento; pero para los aficionados que quedan, el reemplazar el libro por el film es imposible.

El cine podría sustituir hasta con ventaja al periódico y a la revista ilustrada; pero al libro, no.

No es fácil que estas cuartillas mías, un tanto descosidas, reflejen un pensamiento

fijo y claro. Yo no lo tengo respecto al cinematógrafo ni a sus cuestiones anejas.

¿Para qué hablar entonces? Se habla un poco por compromiso. Uno, además de viejo, es demasiado vacilante y se deja arrastrar con facilidad excesiva. No sé si es una consecuencia de la falta de sentido dogmático, de la edad o de la gripe pasada.

Por una cosa o por otra encuentra uno fácilmente la contradicción y motivos de indecisiones. Cuando uno quiere exhibirse en la juventud, por la natural petulancia de los pocos años, le dicen amigos y conocidos: No, no es ese el momento, no; hay que esperar; y cuando uno, ya en la vejez, quiere retirarse de la vida activa y meterse en un rincón acompañado por el artrismo y el catarro, le aseguran que es la hora de exhibirse y hasta de hacer competencia a las cupletistas.

No es fácil inventarse una norma, una pragmática clara de lo que debe y de lo que no debe hacer el que se dedica a escribir. No se sabe si el oficio de escritor, si es que tiene categoría de oficio, además de ser de los modos de vivir que no dan para vivir, como decía Larra, es público o privado; no se sabe tampoco si el marco natural del hombre de letras es el salón, la tribuna, la plaza pública o la celda de la Cárcel Modelo.

Si la tendencia actual de charlas, conferencias y lecturas se intensifica, la práctica de la literatura se va a convertir en un deporte espectacular. El escritor constituirá un número de varietés, con o sin música. No es que yo aspire, ni mucho menos, a que los escritores sean magos, hombres transcendentales, no; los magos y los hombres transcendentales, además de aburridos, soy hoy los que andan más cerca del histrionismo y de la comiquería.

A mí me parece —y quizá esté equivocado— que el ideal sería que cada país pudiera permitirse el lujo de sostener unos cuantos escritores libres, si se quiere con poco dinero, como los príncipes fabulosos tenían parques con elefantes, camellos y monas, y jaulas con papagayos. Sin duda este lujo es excesivo para nuestro tiempo, y los elefantes, los camellos y las monas han de estar a jornal, y hasta los papagayos tienen que tener ocho horas de trabajo. Así lo exige hoy, al mismo tiempo, el fascismo y el socialismo.

Voy a hablar de la película *Zalacaín*, y antes de la novela. La verdad es que he dado demasiadas explicaciones de esta obra, pero daré una más.

Zalacaín, el aventurero es un libro que todo es acción, libro todavía de juventud, escrito hace veinte años por un hombre que podía hacer una caminata de cincuenta kilómetros en una jornada. Lo que no es acción en la novela, es algo como descripción efusiva y, al mismo tiempo, elogio del País Vasco.

Yo he sido entusiasta de la acción por la acción. Este entusiasmo es quizá un resto de romanticismo. Probablemente será uno un romántico retrasado.

Pensando en los escritores entusiastas de la acción y en mí mismo, yo me he forjado una hipótesis que supongo no será muy original y que me parece defendible.

Al salir de la Edad Media y al comenzar la vida moderna, en las sociedades europeas se levantan en contra de la disciplina férrea, rígida, establecida por Roma a base de la Biblia y de los demás artefactos de dominación semítica, tres figuras o símbolos. La figura del Norte es Fausto, el Fausto legendario luego transmutado en Hamlet. Esta figura encarna el libre examen, el intelectualismo, la teoría. La figura simbólica del Sur es Don Juan. Es la protesta de los instintos eróticos, la afirmación, sin teorías, de la libertad del placer. Entre el Norte y el Sur se yergue el tipo del aventurero, del caballero andante, y su caricatura genial, Don Quijote.

En España no contamos, quizá, con la gran representación de la figura nórdica e intelectual, aunque el Segismundo de *La vida es sueño* tiene mucho de ella. El protagonista del *Diablo mundo*, de Espronceda, es también, aunque en menor escala, de la familia fáustica. Si ese símbolo nórdico del libre examen Fausto-Hamlet no tiene gran encarnación entre nosotros, las otras dos figuras transcendentales, Don Juan y Don Quijote, son genuinamente españolas.

La tendencia nórdica e intelectualista alcanza la expresión máxima en el kantismo, y ha reinado principalmente en las orillas del Báltico; la meridionalista y sensual tiene una estética, un estilo y una pseudo-filosofía satánica. Ha sido patrimonio en este último tiempo de los literatos judíos, que han hecho su especialidad del erotismo y de las aberraciones sexuales. La tendencia de la acción, de la aventura, va arando en el viejo campo del estoicismo. Todos los escritores de aventuras derivan hacia el estoicismo, desde el autor de la *Odisea* hasta el del *Robinsón*. Los mismos autores de novelas picarescas se inclinaron a la predicación estoica.

Aventurero, estoico y quijotesco, son facetas del mismo complejo psicológico. De ahí la identificación que hizo Voltaire en su *Diccionario Filosófico*, de Don Quijote y de San Ignacio de Loyola, y de que un escritor que se ocultaba con el seudónimo de *Hércules Rasiel de la Selva* escribiera en francés, antes que Voltaire hiciera su *Diccionario*, un libro titulado *Historia del admirable caballero don Íñigo de Guipúzcoa*, libro impreso en La Haya, a mediados del siglo XVIII, en que se pinta a San Ignacio como un Quijote del catolicismo.

Yo, como todos los escritores, tenía delante, al comenzar a escribir, estos tres caminos. No era uno bastante intelectual para contentarse con teorías; no era uno tan sensual para no advertir más que el mundo de las formas con tópicos ya viejos, ni para tomar en serio un Diablo desacreditado y ridículo, y naturalmente, fué uno por instinto al entusiasmo por la acción y por la aventura, a la glorificación de la energía y del estoicismo. Se sintió uno, quizá sin quererlo, discípulo del grave filósofo cordobés a quien Nietzsche llamaba con gracia el toreador de la virtud.

El otro día recibí una tarjeta postal de Valencia, sin firma, en la cual un anónimo comunicante me decía que era raro que yo, que me he mostrado en mis juicios duro con respecto a hambres como Anatole France, Galdós y Blasco Ibáñez, sea tan

amable y tan benévolo con seres crueles y bárbaros como Cabrera y con tipos sanguinarios como el conde de España, de cuya vida he escrito dos libros recientemente. Yo no sé si es lógico, pero para mí, y creo que para todo escritor entusiasta de la acción lo es, el sentir más interés por la vida de Zumalacárregui o la del conde de España que por la de Pérez Galdós o la de France.

Si Gómez de la Serna quiere hacer, como ha dicho, una barraca de figuras de cera con celebridades españolas, cosa que sería muy del siglo XIX, a la mayoría del público nos interesaría más el tipo reconcentrado y sombrío del cura Santa Cruz o la figura trágica y siniestra de Mateo Morral, que la traza del buen señor de Menéndez Pelayo o la planta de indiano rico de Blasco Ibáñez con su traje blanco y su sombrero de paja.

Cierto que hay literatos que tienen la pretensión de ser interesantes en su vida y les gusta la literatura hecha sobre el literato: el drama del dramaturgo, la novela del novelista, la comedia del comediante. A mí todo esto me parece que anda muy cerca del amaneramiento y de la literatura de segunda mano. Hay que reconocer que hay una clase de gente a quien gusta las sobras y los accesorios: las mujeres viejas con buenos trajes, los hombres tontos elegantes y las comidas malas con ricas vajilla.

Del amor por la acción, por la violencia y por la naturaleza brotó hace veinte años este pequeño Zalacaín. El ambiente histórico donde se desarrolla la novela está formado con datos oídos y vistos y no leídos. Esto le da al libro un aire de realidad y de pintura del natural. Sin embargo, un crítico francés, Peseux-Richard, que escribió hace años un artículo acerca de mis obras en la *Revue Hispanique*, decía que en *Zalacaín* había algunas anécdotas que aparecen en un fabulario del siglo XV. Yo, la verdad, no he leído este fabulario, creo que no he leído más fábulas que las de Samaniego, en la escuela; pero hoy, como bibliófilo, no me importaría nada haberlo leído e imitado y tenerlo en casa en la biblioteca para verlo.

A veces puede darse el caso de que uno sienta no ser imitador. A mí me ha pasado esto. Hace dos o tres años leí yo en un periódico americano que un libro mío titulado *La caverna del humorismo* estaba imitado, o por lo menos inspirado, en el *Idola Fori*, del célebre filósofo inglés Bacon. Supuse que el libro del filósofo sería literario y humorístico, y como la fama de Bacon es tan grande y muchos han creído identificarle con Shakespeare, me entró la curiosidad de leer ese *Idola*, que se me figuraba que había de ser muy divertido.

Miré en diccionarios enciclopédicos el capítulo Bacon, y, aunque vi que hablaban de *Idola Fori*, no citaban estas palabras como título de alguna de sus obras. Pedí a dos o tres librerías de aquí y de París las obras de Bacon; no las tenían. No me ofendía ni me mortificaba el haberme inspirado en un libro del lord canciller, al revés, esto me daba ante mis ojos proporciones de alta erudición y de escritor profundo.

Por último, este verano veo en un catálogo de una librería de París las obras de

nuestro filósofo; las pido y me las mandan en un tomo en cuarto, grueso. Lo cogí con curiosidad, con verdadero interés. Vi los títulos de los diferentes tratados. No aparecía tal *Idola Fori*. Miré los títulos de cada capítulo uno por uno. Tampoco aparecía *Idola Fori*. Esto me indignó. Debí haber leído el libro entero, pero no me decidí y me quedé sin saber qué era este *Idola Fori*, en donde, según un crítico, yo me había inspirado.

De todas mis novelas, la que me ha dado una cierta sorpresa, por su relativo éxito, si no inmediato, tardío, ha sido *Zalacaín*. *Zalacaín* ha sido traducido y ha estado de libro de lectura de español en la Facultad de Letras de París, en la Sorbona. Al principio no tuvo buena acogida. En el País Vasco pasó inadvertido entre la antipatía y el desdén de carlistas, bizkaitarras y clericales.

Hace años, una señorita muy inteligente, de Madrid, que había sido destinada a Bilbao, me envió una copia de una nota escrita por un padre de la Compañía de Jesús, al margen de un ejemplar de *Zalacaín*, de una biblioteca popular.

Mi libro, según el jesuita, es malo, grosero, procaz, tabernario, de un novelista menos que mediocre.

A mí no me parece mal que los que están al otro lado, en política y en religión, tengan una opinión pésima de uno, como uno tiene una opinión pésima de ellos.

A mí, lo que es auténtico, sincero, aunque sea hostil, no me molesta; la mentira, sí; sobre todo la mentira, cuando tiene el crédito de lugar común admitido, me es antipática. Este culto de la verdad, según un crítico que hizo unas semblanzas de escritores españoles, es como una pobre chifladura. Yo creo lo contrario. Si la verdad estuviera por debajo de cualquiera, del crítico vulgar y del escritor mediocre, el mundo sería enormemente ridículo.

En lo pequeño de la vida literaria española, el tópico, el lugar común, es lo que más me fastidia. Gracias a su dominio, todo lo sincero parece artificioso, y todo lo artificioso, sincero. Mejor que el lugar común literario prefiero la estadística; prefiero el dato frío a la retórica caliente.

Hace unos meses, en un periódico de frailes navarros, se decía que yo era un mercachifle de la literatura; que no pensaba más que en ganar dinero con ella. El que había escrito esto podía saber que no era verdad; yo soy de los escritores de mi tiempo el que menos ha ganado con la literatura; que no ha tenido destinos, ni pensiones, ni colaboraciones lucrativas; pero hay que creer en el País Vasco, que el que no es carlista o bizkaitarra, es un granuja o un mercachifle. Es el lugar común frailuno. ¿Y quién le va a convencer de otra cosa a un fraile navarro? ¿Y para qué?

Por el mismo tiempo, un cronista, en un periódico de San Sebastián, comentando el que en una inteviu yo hubiera dicho mi opinión, sincera, sobre los escritores actuales, me pintaba como un bohemio agriado por haber comido mal en casas de huéspedes y enronquecido de perorar en los cafés. El eterno lugar común. Yo, aunque he dormido en ventas míseras de aldeas, en pajares y zaguanes, no he vivido nunca en

casas de huéspedes, y respecto a los cafés, creo que hace treinta años que no los frecuento.

Otro tremendo lugar común español es el de la austeridad, unido al de la sospecha de la apostasía.

Yo siempre digo, cuando se habla de venalidades o de vicios:

—¡Es tan fácil ser austero en la España actual!

Respecto a la apostasía, varias veces me han acusado de versátil y de apóstata. ¿Apóstata de qué? El verano pasado, un conocido que me había visto en un automóvil, camino de Biarritz, acompañando a unas damas elegantes, me decía:

—Usted ha cambiado la casaca.

—Hombre, no —le contesté—; yo no he hecho nunca profesión de fe de no acompañar en la vida más que a cocineras. Y no es que me parezcan mal las cocineras, ni mucho menos.

Uno de estos republicanos austeros, restos cándidos del salmeronismo, que aún quedan en provincias, me decía severamente, no hace mucho, en un pueblo vasco:

—He sabido que en su casa se reza el rosario por las noches.

—Sí. Es verdad. ¿Qué quiere usted? Yo no tengo autoridad para impedirlo; aunque la tuviera, no lo haría. Para algo ha de ser uno liberal en la calle, y, sobre todo, en la casa. Es más, si yo pudiese creer que ese conjunto de palabras de letanía tuviera alguna eficacia en la naturaleza, que a mí me parece ciega y sin intenciones humanas, pues andaría también todas las noches a vueltas con el «salus infirmorum» y el «refugium peccatorum».

Uno se fija más en los tópicos y lugares comunes que se refieren a sí mismo; pero si se intenta abarcar el panorama social y el literario, se ve que casi todo es lugar común, y que apenas hay una zona donde reine la sinceridad y la verdad.

Dejando estas pequeñas historias, que he escrito por no recordar otras grandes, voy a hablar de la escenificación cinematográfica de mi novela.

No hablaré mucho; no quiero adornarme con plumas ajenas. Yo he colaborado muy poco en la película *Zalacaín*. El director ha sido D. Francisco Camacho, que hizo el guión y ha dispuesto y calculado las escenas en sus lugares y sus efectos. Yo hice en el film un papel secundario.

Este verano pasado, de cuando en cuando, iba de Vera a Behobia, donde estaba el taller en que se filmaba *Zalacaín*, y veía los preparativos y las decoraciones del señor Torres.

El cine tiene, indudablemente, un poder de seducción extraordinario. En los pueblos en donde filmaban escenas de *Zalacaín*, en Behobia y en Vera, la gente estaba alborotada.

—Ya han venido los pelicularos —me decían en Vera—. ¿Qué van a hacer hoy? ¿A dónde van a ir? ¿Cuándo van a representar la película?

Los chicos y las chicas se mostraban soliviantados. En Irún, en Fuenterrabía y en Behobia pasaba lo mismo. La gente de la calle conocía a los actores y a las actrices, y discutía su arrogancia y belleza.

—Por ahí ha pasado Zalacaín. En ese café está Obando —me decían—. Catalina ha ido a la fonda con la Ignacia.

Cuando se hicieron escenas lejos del taller, mucha gente seguía a los actores y operadores con entusiasmo y se sentaba en el suelo a verlos trabajar en el campo.

En Estella, donde yo no estuve, ocurrió lo mismo, y el vecindario colaboró en la película y se prestó amablemente a meterse en casa o salir a la ventana o a no pasar por una calle, si se les indicaba así.

En Estella le dieron al protagonista, a Larrañaga, un tiro de pistola, con un taco, en la sien, dejándole sin sentido, y la gente del pueblo se interesó por él como por un antiguo amigo.

Después de estas explicaciones, quizá no muy necesarias, se van a proyectar ahora algunos trozos de la película. Si ésta se proyectara completa, no habría necesidad de comentario; pero se van a dar sólo fragmentos y puede estar legitimada una observación.

Estos fragmentos no son buenos; han sido rodados varias veces y están rayados; pero los otros no se han terminado aún.

Los primeros fragmentos son de la infancia de Zalacaín. Aquí aparece el tío de Zalacaín, Miguel Tellagorri, en la realidad; Ricardo Baroja, que va enseñando a su sobrino sus mañas. El chico que hace de Zalacaín, en su infancia es un muchachito muy listo y avisado de Behobia. La gran taberna, la taberna de Arcale, donde entra Tellagorri, está ornamentada por la presencia de algunos amigos de Irún, aficionados a las buenas salsas y al vino, que han formado hace poco una sociedad, titulada de los Chapelaundis, de quien yo soy un tanto el director espiritual.

Tras de la taberna de Arcale viene la casuca de Tellagorri; luego, una escena en el portal de la casa de Obando, que es, en realidad, Itzea, la nuestra en Vera, y después, un grupo de labradores en lo alto de una colina, que dejan el arado para tomar el fusil e ir a la guerra.

La segunda serie de fragmentos comienza por un paisaje y una calle solitaria de Vera, por donde pasan Zalacaín, ya hombre, y su compañero Bautista; luego, sigue una escena en el vestíbulo de Itzea, y después otra, en donde el Jabonero, que yo represento, está en una chavola tomando nota de los partidarios que se van alistando. Tras este cuadro, viene el asalto a una diligencia, y luego, un viaje, en un falucho, desde San Juan de Luz. Los últimos fragmentos, probablemente los más bonitos, son de Estella: la vista de la ciudad; la persecución de Zalacaín, de noche por los soldados

carlistas, con antorchas, y la escapada del protagonista con Catalina, su novia, en un coche.

Como se ve por estos trozos proyectados, la película se ha hecho a base de paisajes e interiores del País Vasco. Para muchos, toda película en donde no aparezca la Giralda o la Alhambra o un bosquecillo de palmeras, no es española. No sabemos por qué las palmeras han de ser muy españolas, aunque en España haya pocas, y éstas sean un tanto ridículas, y no han de ser españoles el castaño, el nogal o el roble.

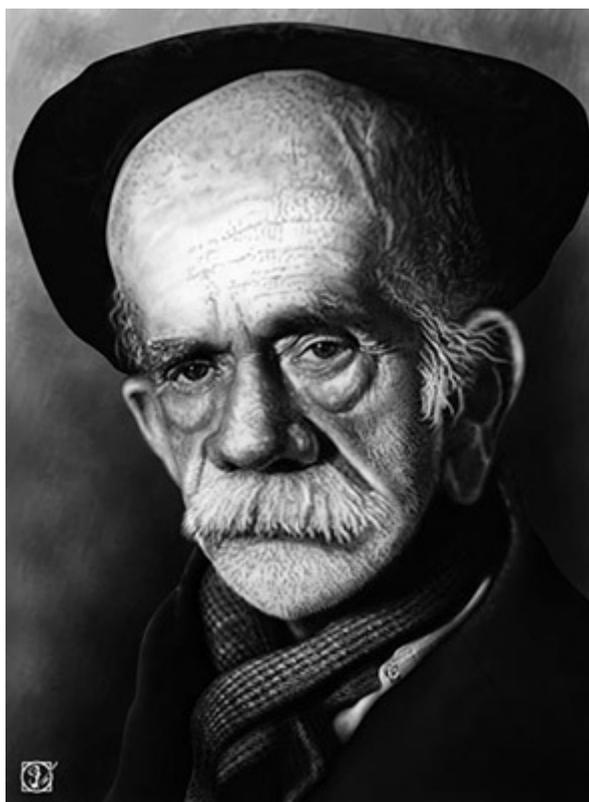
Estas opiniones absurdas están justificadas en un extranjero, pero no en un español.

Es una de las muchas manifestaciones del reinado omnipotente del lugar común.

Ya Víctor Hugo y otros escritores franceses, antes del Conde de Keyserling, habían descubierto que España es sólo Castilla, que, a su vez, España es África; África, a su vez, es Asia, y Asia no es un poco América u Oceanía por misericordia divina. De esta manera resulta que el Este es un poco el Oeste; el Norte, un poco el Sur; el Oriente, el Occidente; el Centro, la periferia, y la periferia, el Centro. Esta zarabanda de orientaciones, de continentes y de puntos cardinales, que parece ha de abrir grandes horizontes en el espíritu, se ve que no abre ninguno, y todo ello es un puro juego de palabras.

En fin, uno podría demostrar, con un silogismo de seminario a lo Pero Grullo, que el País Vasco español está en España, y España en Europa, y que si uno contribuye a hacer un film vasco contribuye a hacer una cosa española, y, por lo tanto, europea, buena o mala, que en ello está el quid; pero no quiero insistir en esta perogrullada, ni perturbar a los que están maniobrando en sus laboratorios, amasando en sus lucubraciones los continentes y los puntos cardinales.

Me contentaría, por ahora, con no haber sido, ni demasiado pesado, ni demasiado soporífero.



PÍO BAROJA (San Sebastián, 28 de diciembre de 1872 - Madrid, 30 de octubre de 1956). Novelista español, considerado por la crítica el novelista español más importante del siglo xx. Nació en San Sebastián (País Vasco) y estudió Medicina en Madrid, ciudad en la que vivió la mayor parte de su vida. Su primera novela fue *Vidas sombrías* (1900), a la que siguió el mismo año *La casa de Aizgorri*. Esta novela forma parte de la primera de las trilogías de Baroja, *Tierra vasca*, que también incluye *El mayorazgo de Labraz* (1903), una de sus novelas más admiradas, y *Zalacaín el aventurero* (1909). Con *Aventuras y mixtificaciones de Silvestre Paradox* (1901), inició la trilogía *La vida fantástica*, expresión de su individualismo anarquista y su filosofía pesimista, integrada además por *Camino de perfección* (1902) y *Paradox Rey* (1906). La obra por la que se hizo más conocido fuera de España es la trilogía *La lucha por la vida*, una conmovedora descripción de los bajos fondos de Madrid, que forman *La busca* (1904), *La mala hierba* (1904) y *Aurora roja* (1905). Realizó viajes por España, Italia, Francia, Inglaterra, los Países Bajos y Suiza, y en 1911 publicó *El árbol de la ciencia*, posiblemente su novela más perfecta. Entre 1913 y 1935 aparecieron los 22 volúmenes de una novela histórica, *Memorias de un hombre de acción*, basada en el conspirador Eugenio de Aviraneta, uno de los antepasados del autor que vivió en el País Vasco en la época de las Guerras carlistas. Ingresó en la Real Academia Española en 1935, y pasó la Guerra Civil española en Francia, de donde regresó en 1940. A su regreso, se instaló en Madrid, donde llevó una vida alejada de cualquier actividad pública, hasta su muerte. Entre 1944 y 1948 aparecieron sus Memorias, subtituladas *Desde la última vuelta del camino*, de

máximo interés para el estudio de su vida y su obra. Baroja publicó en total más de cien libros.

Usando elementos de la tradición de la novela picaresca, Baroja eligió como protagonistas a marginados de la sociedad. Sus novelas están llenas de incidentes y personajes muy bien trazados, y destacan por la fluidez de sus diálogos y las descripciones impresionistas. Maestro del retrato realista, en especial cuando se centra en su País Vasco natal, tiene un estilo abrupto, vivido e impersonal, aunque se ha señalado que la aparente limitación de registros es una consecuencia de su deseo de exactitud y sobriedad. Ha influido mucho en los escritores españoles posteriores a él, como Camilo José Cela o Juan Benet, y en muchos extranjeros entre los que destaca Ernest Hemingway.

Notas

[1] *Artzamendi en vascuence es Monte del Oso.* <<